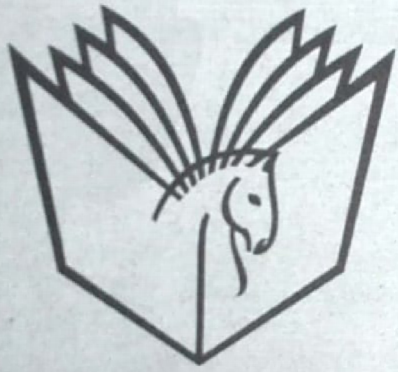
SED 476

BIBLORED
Red Capital de Bibliotecas Públicas



2° CONCURSO DE CUENTO, POESÍA Y DRAMATURGIA
TALLERES DE CREACIÓN LITERARIA Y CAFÉS LITERARIOS
Y
2° SELECCIÓN DE CRÓNICAS DE BARRIO

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ D.C.
BOGOTÁ HUMANA



BIBLORED

Red Capital de Bibliotecas Públicas

© Alcaldía Mayor de Bogotá

© Secretaría de Educación del Distrito Capital - Red Capital de Bibliotecas Públicas BibloRed, 2012

Gustavo Francisco Petro Urrego
Alcalde Mayor de Bogotá Distrito Capital

Oscar Gustavo Sánchez Jaramillo
Secretario de Educación del Distrito Capital

Nohora Patricia Buriticá Céspedes
Subsecretaria de Calidad y Pertinencia

Myriam Fernández Muñoz
Directora de Ciencias, Tecnologías y Medios Educativos

Mary Giraldo Rengifo
Directora General BibloRed

Gabriela Pinzón Plaza
Coordinadora de Promoción de Lectura y Escritura BibloRed

Paula Castellanos Cuervo
Carol Contreras Suárez
Henry Alexander Gómez Ríos
Javier Morales Cifuentes
Promotores de lectura y escritura BibloRed
Edición y corrección de estilo

Área de Comunicaciones y Prensa-BibloRed
Coordinación de diseño y diagramación

Diego Bohórquez
Diseño, diagramación e ilustraciones

ISBN: 978-958-8731-48-3

Control P
Impresión

6to ENCUENTRO DE CAFÉS LITERARIOS Y TALLERES DE CREACIÓN LITERARIA

"DESDE LA LUZ PREGUNTAN POR NOSOTROS"

Homenaje a Héctor Rojas Herazo
Enero de 2013

Índice

Prólogo 6

Lado A

6to Encuentro de Cafés Literarios y Talleres de Creación Literaria
"Desde la luz preguntan por nosotros"

Héctor Rojas Herazo. ***Un rostro en la soledad***
Santiago Espinosa 8

Lado B

2do Concurso de Cuento, Poesía y Dramaturgia BibloRed
Homenaje a Héctor Rojas Herazo

Cuento 6

Relato verídico
Ricardo Mauricio Díaz Alarcón 7

Sueño
Mario Esteban Mora 8

Él, el ausente
Paola Andrea Rubio Albornoz 10

Parálisis
Tatiana Rodríguez Mercado 12

Cromosoma 12
Alejandro López Chacón 14

Manual de instrucciones
Jairo Humberto Fernández Mojica 16

escritura; y al cuento "Manual de instrucciones", firmado con el seudónimo J. Kharim, que corresponde a Jairo Humberto Fernández, este cuento sobresale de los demás por un clima que va entretejiendo una trama punzante y satírica.

Se otorga el primer puesto al cuento "Parálisis", firmado con el seudónimo Tatorrome, que corresponde a Tatiana Rodríguez Mercado, por un manejo sutil del tema de la enfermedad, que recuerda obras como "Johnny cogió su fusil" del escritor y cineasta Dalton Trumbo, y que al final sorprende con un ligero ingrediente erótico.

POESÍA: En esta categoría se recibieron tres textos en la modalidad de principiante y ocho en experto. Se destaca la participación de autores nuevos que buscan la creación poética a partir del uso de metáforas e imágenes. Se muestra un talento que puede crecer con el tiempo.

En la modalidad de principiante, el jurado ha declarado desierto el fallo. Esto debido al poco número de participantes y por considerar que los textos recibidos aún deben trabajarse más para llegar a un mínimo de calidad literaria.

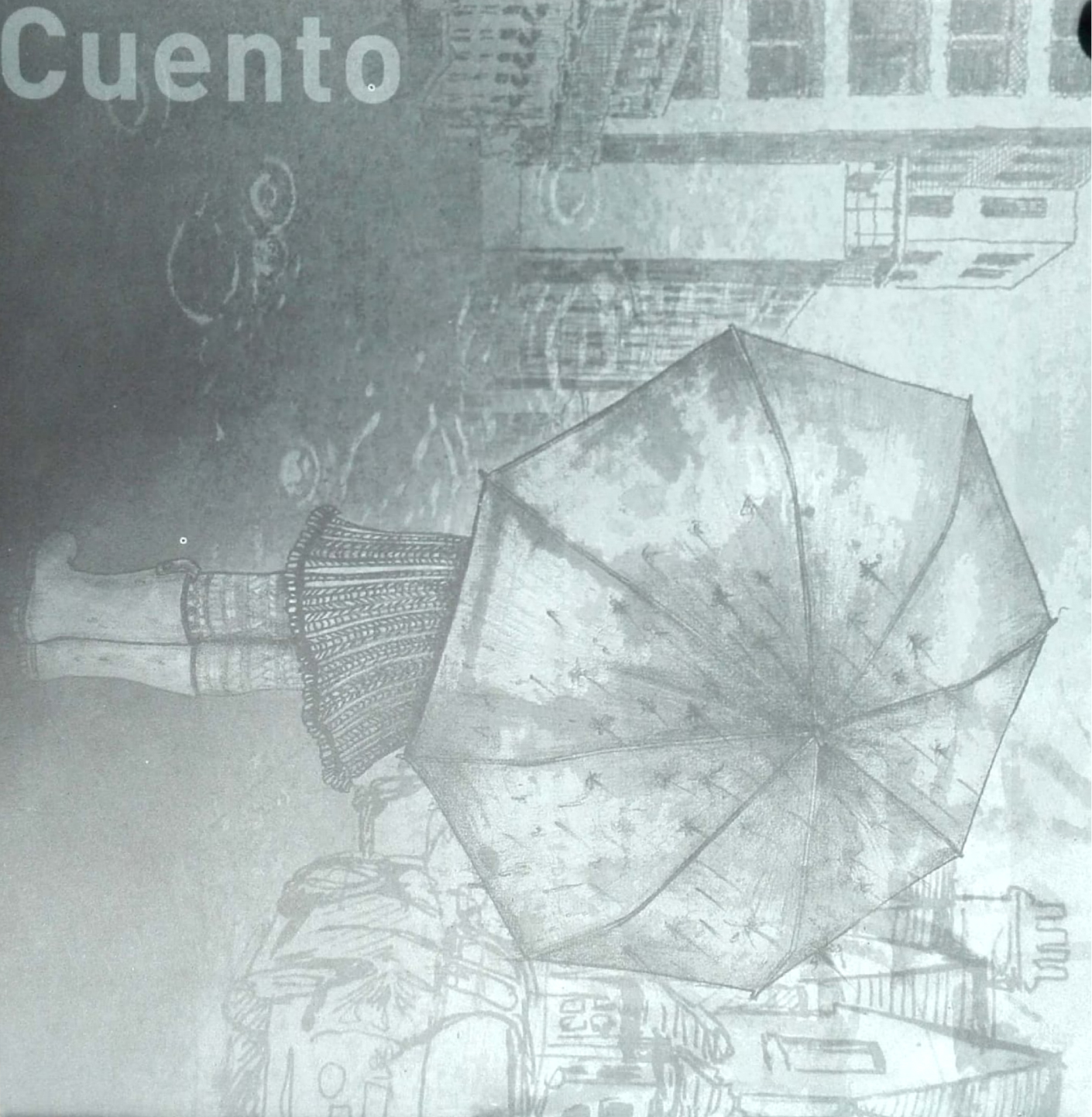
En la modalidad de expertos se entrega una mención al poema titulado "Pies de nieve", firmado como Caronte, correspondiente a Nelson Botero. Se destaca su economía del lenguaje y la precisión con la que logra crear imágenes poéticas de alto calibre.

Se otorga el primer puesto al poema "Calle escribana", firmado con el seudónimo Terracota, correspondiente a Estefanía Almonacid Velosa, quien demuestra una habilidad para construir un poema redondo con el justo vuelo de imágenes y metáforas.

DRAMATURGIA: En esta categoría se recibió un solo texto que fue descalificado por el jurado por no corresponder al género. Por lo tanto, queda desierto el premio. Sin embargo, en esta publicación se rescatan dos trabajos presentados en la versión anterior del concurso que quedaron descalificados por no cumplir con las normas de extensión del certamen en su momento; textos que el jurado considera dignos de ser mencionados y de publicarse, dada su gran calidad literaria. Estos textos son "El Señor Paloma" de Mario Enrique Arévalo, firmado con el seudónimo de Mario Santorini Pakezerini, y "La entrevista" de Pablo Peñaloza.

3. Se firma el Acta por parte de Carol Contreras Suárez, Henry Alexander Gómez y Javier Morales.

Cuento



de la escritura. La realidad inmediata de los asistentes, y por ende su experiencia cotidiana, se toma entonces como eje de exploración fundamental. Hay que recordar que en el año 2011 se hizo la primera publicación fruto de estos talleres. Bajo el título *Crónicas de Barrio* se compiló una selección de 16 crónicas de los talleres de BibloRed. El libro está disponible en todas la Bibliotecas de la Red y puede ser descargado de manera gratuita en el portal
www.biblored.edu.co/Publicaciones

Las seis crónicas que ofrecemos en esta oportunidad hablan con voz propia de los contextos de los autores y muestran los primeros pasos de quienes podrían formar parte de la próxima generación de escritores de BibloRed. Los estudiantes aceptaron el reto de desarrollar tanto los ejercicios de escritura creativa como el ejercer el rol investigativo del cronista urbano, quien busca en la colectividad una anécdota que contar o un personaje a resaltar. De manera imperceptible, estos jóvenes escritores fueron bordeando los límites entre el periodismo y la literatura, jugando con el lenguaje hasta encontrar una historia narrable. Los temas y los tonos que emergen en las líneas escritas dibujan textos como reflejo de sus mundos cambiantes y en constante flujo, nos hablan de su visión, de sus ganas y de su conciencia como seres que se integran a una sociedad que los desafía. En ese sentido, esperamos que los Talleres de Crónica Urbana de BibloRed sigan funcionando como canal abierto a las voces de los estudiantes a nivel distrital y que la presente publicación sirva de estímulo a los creadores literarios que han encontrado en los Talleres de Creación Literaria y en los Cafés Literarios de la Red Capital de Bibliotecas Públicas – BibloRed, un espacio de acompañamiento a sus intereses.

Promotores de lectura y escritura
Franja jóvenes y adultos
Bibliotecas Mayores BibloRed



DESDE LA LUZ PREGUNTAN POR NOSOTROS

Homenaje a Héctor Rojas Herazo
Enero de 2013

Lado A

Red Capital de Bibliotecas Públicas - BibloRed

HÉCTOR ROJAS HERAZO

Un rostro en la soledad

Por **Santiago Espinosa**[1]

Los ciclos de una orfandad

La voz de Rojas Herazo, amplia y material, conduce de nuevo hacia Rojas Herazo. Lo que hay en esta obra inquietante, libro tras libro, son las arcillas y temblores de un hombre en soledad. Las tensas circunstancias de un cuerpo vivo, andando en su miedo o su esplendor. Y estamos hablando de un escritor que consideraba, en sus artículos y entrevistas, que no había un acto más difícil que hablar sobre sí mismo. Que pensaba que todo autor, en últimas, "quiéralo o no, hace autobiografía".

Esta firmeza para nombrar y nombrarse ocurre desde el primero de sus versos. Pareciera que los momentos de esta obra, más que procesos de aprendizaje o desarrollos estéticos, fueran distintas regiones de un poderoso universo, que con sus humores y sus lámparas, sus trazos luminosos, parece haber sido revelado para el poeta desde lo más temprano de sus días, en la casa de Tolú, donde nació y pasó su infancia, y que se devoraba entre sus propias ruinas ante el asombro de los robles.

Porque esta obra nació madura, tiene el tono de los niños que aprendieron a hablar junto a los viejos de la tribu. Cada poema se nos ofrece como una revelación inaplazable, única, si lo que se quiere es naufragar en serio por las regiones de este mundo en el que Adán y Caín caminan por el trópico, fatigando sus calles y sus puertos. Y el Trópico, orgánica geografía de estos seres, se cuenta desde lo cotidiano de sus cuerpos.

Ya lo decía el propio Rojas en alguna conferencia: "Lo único que he deseado, en las diversas formas de comunicación que he ensayado hasta el momento (pintura, novela, poesía y periodismo) es narrar mi infancia. [...] Allí están las claves, los centros de poder, los focos de irradiación, de todo lo que pudimos ser o ya hemos sido y pretendemos ser". Y agrega más adelante en su vocación de re-niñez: "No somos más que infancia apelmazada. [...] Volver a ella es un acto defensivo

[1] **Santiago Espinosa** (Bogotá, 1985). Crítico y periodista. Profesor del Gimnasio Moderno de Bogotá. Egresado en Literatura (2009) y Filosofía (2010) de la Universidad de los Andes. Ha escrito artículos y reseñas para medios como *Alforja y La otra* de México, *Revista Poesía* de Venezuela, la *Revista Casa Silva, El Espectador, El Tiempo* y *La Hoja* de Bogotá, del que fue jefe de redacción hasta su desaparición, en 2008. *Los ecos*, su primer libro de poemas, fué publicado por Taller de edición en mayo de 2010.

de la imaginación. Nunca la superamos". Sobre esta infancia, o mejor, desde la mirada que esta infancia nos depara, escribe Rojas Herazo su primer poemario, *Rostro en la soledad*, publicado en 1952. La primera sección, que tiene el mismo nombre del libro, es un recorrido doloroso por la orfandad humana: el soldado que no quiere combatir, Narciso, la casa de la infancia y su "ceniza dorada". Todos los hombres, legendarios o reales, niños o viejos, tienen el mismo rostro cuando están solos, parece decirnos el poeta desde su sensibilidad telúrica.

Tras la lectura de estos poemas queda la sensación pasmosa, conmovedora, de cómo la orfandad de un hombre en específico, la de Rojas Herazo, se puede traducir en el poema en toda una reflexión sobre la soledad del ser humano, su andadura irredenta en la nave de la historia. Rojas Herazo, Telémaco de su propia odisea, no conoció a su padre, y quizás sea de este abandono biográfico –que aparece con todo el detalle en las páginas de sus novelas–, de donde nazca esta visión de un hombre desterrado, arrojado a la dureza de sus apetitos, solo frente a la muerte pero con una indomable capacidad para crear y nombrar. Un hombre que se refleja en Adán desde el momento de su nacimiento: "Estás solo,/ biológica y hermosamente solo,/ anterior a los padres/ en la satisfacción de tus miembros frente a la lluvia".

Sobre estos poemas escribe Gabriel García Márquez, alumno de Rojas Herazo en más de un sentido: "Rojas Herazo volvió a descubrir al hombre; en su canto se advierte, otra vez, la presencia febril del animal común y corriente que ve apretarse el cerco de angustia y lo sabe decir con sus terribles palabras de bestia acorralada". Hay en estos versos un cuerpo desamparado, desnudo y frente a sus más terribles imaginaciones, unos poemas que transitan con toda comodidad entre la leyenda de los héroes y la cotidianidad del transeúnte, la historia y el mito, entre los materiales del cuerpo y las fatalidades metafísicas.

En Rojas, el mito es otra manera de llegar a sí mismo, la biografía, una memoria contagiada de las literaturas. Como lo demostró abiertamente en sus novelas y artículos, no hay una diferencia tajante entre crónica y ficción, periodismo y fábula. Lo que le importa a este hombre es el ser humano que descubre al mismo tiempo que inventa, no las categorías conceptuales.

Red Capital de Bibliotecas Públicas - BibloRed

De ahí que los géneros literarios no lo limiten: lo tientan como distintos caminos para llegar a un mismo centro.

En la segunda parte del libro, "Los relatos en el umbral", aparece el Rojas fabulador, el hombre que deja mitologías como el Neandertal sus huellas, solo y a oscuras, mientras el tiempo lo devora bajo su propia sombra. No en vano aparece como epígrafe este verso de Fernando de Herrera, precursor del Siglo de Oro español, "Lo que nunca podrá borrar la muerte". Estos relatos, hablando de un pasado legendario y felizmente caballeresco, abren la lírica colombiana hacia el desván de su imaginación. Guerreros, "mujeres pariendo frente a la espuma", esclavos que esperan "al huésped en el umbral de nuestras moradas". Al mismo tiempo en que Álvaro Mutis escribía sus fragmentos, viajes y derrotas fabuladas, Rojas hacía esta misma irrupción desde los umbrales del encantamiento.

Para "La sombra inalcanzable", tercera sección del libro, aparece en los poemas el Rojas periodista. El escritor que desde los años cuarenta, siguiendo las lecciones de Hemingway y Dos Passos, escribió sus artículos en los principales periódicos de la Costa Atlántica colombiana. Rojas, a la manera de los estadounidenses, sometió sus lenguajes a un agitado comercio entre la crónica periodística y la literatura, y de este intercambio, fresco e intenso, elevó sus artículos a verdaderas crónicas de lo imaginario. Palabras que superan lo noticioso para situarse en la batalla del hombre contra el tiempo. Imágenes que se resisten al realismo fácil y hablan de una ciudad dentro de la ciudad, la tensión de sus instantáneas para las que el encuadre de la fotografía nunca alcanza.

A la larga, estos poemas –que por momentos recuerdan al García Lorca de *Poeta en Nueva York*–, hablan de un ser humano transeúnte, abandonado a la deriva de las calles. De una ciudad anónima, vista no en su carácter documental sino como un organismo vivo, que crece y respira junto a sus moradores atónitos. Escribe Rojas en "Criatura y estrella": "[...] mirar furiosamente a los transeúntes,/ para entregar al primero de ellos un sobre lacrado/ donde he depositado mi falsa, mi anterior alegría".

Aquella visión de la ciudad –que llegará a su clímax en los "Preludios a la Babel derrotada", poema escrito por Rojas algunos años después– es una de las poéticas de lo urbano más decisivas y

originales de nuestra poesía. Pero hay que aclarar que el propio Rojas se oponía rotundamente a estas separaciones: "[...] no creo que haya ninguna diferencia apreciable entre novela rural y novela urbana. Toda ciudad, por monstruosa o tentacular que parezca, no es otra cosa que un hacinamiento de aldeas. El hombre se desenvuelve siempre en su función de círculo". Su asunto era la aldea, epicentro donde germina y estalla lo cosmopolita. La aldea y sus hombres arrojados contra el tiempo, sin dioses ni padres que soporten su abandono.

El tránsito del cuerpo

Algunos poetas descubren, desde su primer libro, la existencia de un lenguaje nuevo que los encuentra en el poema, que los crea y los obliga a crear, cambiando las circunstancias de su tiempo y de las cosas que los rodean. Rojas Herazo no sólo se encontró con un lenguaje desde sus primeros poemas, podríamos decir que se encontró con tres. Pero hay algo aún más importante y es que cada sección, desde sus propios alcances, estaba gestando un acontecimiento poético mucho mayor: tras la metáfora de la soledad, en las aldeas o en los relatos, se escondía ya una compleja y decidida poética del cuerpo, una suerte de habitación orgánica en la cesura de las palabras.

"¿Por qué nos olvidamos del cuerpo en nuestras reflexiones?", se preguntaba Baruch de Spinoza en alguna de sus cartas, y hoy lo seguimos preguntado como si estuviéramos hablando de un extraño habitante, de una presencia ajena que hemos sabido hacer a un lado. Olvidamos el cuerpo porque es el recordatorio de nuestra propia fugacidad, de las huellas que deja el tiempo y la presencia de los otros. Puede que la cultura occidental haya plantado sus cimientos sobre lo que Bajtín llamaba la "sublimación", y que desde el *Fedón* de Platón, para usar un ejemplo paradigmático, ha entendido sus transcursos políticos como una separación de alma y cuerpo, racionalidad e instinto, motivos que en uno y otro caso han derivado hacia la represión y el olvido sistemático de los procesos corporales.

Con estos poemas orgánicos, Rojas vuelve la vista hacia el cuerpo como por vez primera, le mide el pulso a los hombres desde su más sincera materialidad. Vuelve a comprobar, junto a Francisco de Quevedo, Walt Whitman, César Vallejo,

Red Capital de Bibliotecas Públicas - BibloRed

poetas de su mismo linaje, "que estamos fabricados en una materia demasiado frágil, indefensa y barroca. Una carretada de tripas que empujamos como podemos"; o así lo testimonia Rojas en su texto "Autorretrato", que el hombre o el poeta -Rojas mismo escribiendo su "Autorretrato"-, "es tan remotamente majadero que vive en un suspenso aniquilador por la sola posibilidad de que lo releven en la misión de empujar esa carreta".

En esta poesía no habría un purgatorio más fecundo ni más aterrador que la consciencia de la carne. Saberse habitante de ella por un lapso lo suficientemente largo como para sufrirla en sus pulsiones, lo suficientemente breve como para sentir angustia por sus flujos pasajeros. En Rojas el cuerpo es el lugar de la putrefacción, único tiempo factible para los hombres. En ellos tatúa la progenie sus pequeñas victorias, secretas maldiciones.

No es esta una poesía del desenfado o el *striptease* verbal, incluso a pesar de ciertas lecturas críticas que la han situado en una suerte de afirmación instintiva que le es completamente ajena. Si Rojas se vuelca al cuerpo es para recobrarlo en su inocencia, darle un sentido colectivo, o al menos eso hace el Rojas que más nos interesa; rescatar nuestra naturaleza orgánica de un fardo de miradas ajenas que lo han vuelto publicidad y fetiche, burda justificación de un onanismo insolidario. En tiempos en que la humillación al cuerpo, histórica y moral, se ha revertido contra la cultura en una brutalidad de pesos muertos, y que parece que quiere devorar todas nuestras portadas o almacenes en su narcisismo, de "cuerpos reciclados", para usar la expresión de Lipovetsky, convertidos en espacio sin substancia, láminas, la poesía de Rojas, como en su momento la de Ferreira Gullar, vuelve a mostrarnos un cuerpo lacerado debajo de un millón de discursos que lo han cosificado, un territorio común para medir nuestro extravío, y, en más de un sentido, recobrar esa suerte de "moralidad orgánica" de la que habla Terry Eagleton, y que teníamos antes del mercado y la ciencia.

El cuerpo de estos poemas, desde su abundancia, esconde un relato de lo americano en los linderos de lo orgánico, no ya desde las perspectivas impuestas o los discursos de lo exótico. Una historia contada desde el cuerpo y sobre nuestros cuerpos. Aunque demuestre el Nietzsche de la *Genealogía de la moral*, siempre

subversor, que gracias a que compartimos un cuerpo es que sentimos placer por el dolor ajeno, también es del cuerpo de donde nace, en última instancia, el temor y la compasión por los otros. Cualquier discurso se acabaría con la tortura, no importa si lo justifica la cultura o el progreso, la religión o la revolución. "Ninguna idea merece un cadáver", nos recuerda el propio Rojas en alguno de sus artículos.

Desde esta visión moral es que este poeta escribe, no desde una exhibición del cuerpo por el cuerpo. De allí nace su dignidad y su estremecimiento. Su reclamo de justicia frente a un mundo aún esclavista, que enajena y mutila los cuerpos, cuando no lo reduce a mercancía erótica o vil entretenimiento.

Desde tal ampliación el cuerpo es, en últimas, el escenario donde todo ocurre en esta poesía: lo personal y lo colectivo, lo doméstico y lo urbano, el mito y la Historia con "H" mayúscula. Es lo corpóreo lo que hace del hombre una fusión de muerte y de milagro, "delicado pariente del gusano y del ángel". Tal es el espíritu de *Tránsito de Caín*, segundo libro de esta poesía, publicado e ilustrado por Rojas en 1953, mostrar ese purgatorio que es el cuerpo desde la imagen de Caín, recordar que el hombre, desde una perspectiva épica, es la conmovedora errancia de un destierro divino.

Puede que este sea uno de los pocos momentos en la literatura donde Caín, más que con el lamento, se mira y se revela con los cinceles de la ternura: "Único, silencio –niño, Caín, hermano–/ despierta, resucita,/ mira el humo y el hombre verticales, azules/ míralos hacia Dios,/ mira el cielo y el mundo zarandeando tu alma".

Que se presente esta alianza entre pintura y poesía no es un hecho fortuito. El volumen, que consta de dos poemas largos –"Cuatro estancias de la rosa" y "Tránsito de Caín"–, es un ejercicio plástico por captar el instante, un intento de la palabra para trazar el cuerpo en sus volúmenes y en su vacío, como lo buscaba Rilke con sus poemas-cosas. Por eso se nos habla de Caín como de una escultura de Giacometti, "[...] ausente de follaje, pálido entre las bestias,/ barro sin voz ni madre herido en las espigas"; de "la rosa" en un genuino bodegón de naturalezas vivas, pues tiene un valor plástico no porque el pintor la imite en su naturalidad,

Red Capital de Bibliotecas Públicas - BibloRed

no, sino porque devuelve a sus pétalos el rastro de una luz olvidada, porque la convierte con su paleta en un cuerpo que late y naufraga entre los marcos: "En el principio fue duro,/ el hueso, lo de abajo/ lo más denso de estiércol y lodo,/ lo que ha hervido en un diente, en una hoja, en un labio".

Una cantata corporal

Si en esta poesía se sucede "un festín de la Palabra", como lo afirma Juan Manuel Roca, puede que este festín ocurra porque el poeta escribe sobre el cuerpo en toda su abundancia, porque escribe sobre el cuerpo, hacia el cuerpo y con el cuerpo, llevando su propia sensibilidad hasta los límites donde termina la rutina y comienzan los rituales.

En Rojas Herazo el cuerpo es la medida de todas las cosas, lo que nos hace residir en el mundo y en una naturaleza. Este poeta tenía el don de la consubstanciación, todo lo que veía o nombraba lo convertía en cuerpo y sangre ante nuestros ojos. Y la naturaleza, la ciudad, los objetos más simples, desde esta mirada corpórea, se revisten de huesos y se debaten en sus entrañas.

Se podría decir que hasta el poema mismo, en sus flujos y sus quiebres, sería captado por Rojas como un cuerpo viviente. Huele y tiene un peso. Se mueve o se descompone entre los lomos de los libros. Vista a contraluz, su poesía nos sorprende como un diálogo fraterno de un cuerpo con el cuerpo, "cuerpo contra cuerpo" en ocasiones, cuando el texto se torna una batalla desesperada entre la memoria y la muerte.

En su siguiente libro, *Desde la luz preguntan por nosotros* (1956), Rojas lleva este diálogo hasta sus últimas consecuencias. Cuenta la historia del hombre desde sus circunstancias corporales, emprendiendo, él mismo, un viaje de aventuras y dolores a través de sus entrañas en *Canto a mí mismo*. Nos dice Rojas en versos de la primera sección y que lleva el mismo título del libro: "Dulce materia mía, lento ruido [...] Yo solo aquí, mirándome, entre mis huesos,/ embutido en mi piel y en mis maneras./ Náufrago de mi sangre [...] Me pusieron mi ropaje de vísceras/ y luego me dijeron:/ camina escucha, dura,/ ganarás la lumbre de cada día con el sudor de tu alma".

Puede que ningún latinoamericano, de hoy o de ayer, haya llevado el cuerpo

tan lejos desde César Vallejo. En Blanca Varela hay la certeza de un devenir material, una memoria corpórea que sufre la violencia de un Dios ausente, y que no por lejano deja de ser "carnicero". Pero nunca el resplandor profano de estos humores, nunca esta celebración contemplativa del escritor de Tolú. En Jorge Edurado Eielson, otro poeta del Perú, el cuerpo y sus rutinas son al final de la vida un refugio a lo sagrado, quizás el último de los refugios. Pero nunca hasta al nivel ceremonial de los versos de Rojas, en las alturas de esta misa profana donde el cuerpo es sacerdote, templo y sacrificio; donde el cuerpo es, al mismo tiempo, credo y feligrés, reliquia y demonio. El cuerpo ha invadido el marco de estos poemas. Se ha tomado la totalidad del lienzo, y el mundo tendrá que ser visto ahora a través de la transparencia que permitan los tendones, oído bajo la música calcárea de las propias glándulas. Su cuerpo –y el cuerpo en general–, ha sido elevado a una totalidad estética: todas las cosas tienen su rastro de pieles y de linfas. ¿Cómo nombrarlo ahora? ¿De qué palabras valerse para hablar de un cuerpo que se ha convertido en ente total, o como lo dijera el propio Rojas a propósito del estilo, en "la parsimoniosa y obsesiva purificación de una teología?".

Puede que Rojas encuentre en la segunda sección de este libro, "El archipiélago de Oro", una anhelada figura para simbolizar el cuerpo, un ente tan presente y poderoso como para encerrar estas dinámicas en una imagen. Aquí, como Montale con el "Mediterráneo", Rojas encuentra en el símbolo de un mar específico, en "su mar" de la infancia, aquella metáfora tan propia e inmensa como para hablar de nuestro tránsito, la residencia en un cuerpo y sus promesas de luz. El mar, en sus flujos, la explicación de la deriva de lo vivo y su relación congénita con el lenguaje.

Nos dice Rojas en un fragmento de su poema "Alderabán": "¿Qué somos?/ Este poco de mar, estos crustáceos,/ estas islas de Fosfato que llevamos dormidas./ Somos, también, estas pedrezuelas impasibles/ y ese niño que atesora un naufragio en su memoria./ De aquí somos y esto somos./ Lo demás es tristeza, ruido de nadie, mundo". Y concluye el fragmento en lo que cierra toda una concepción de mundo: "Esto somos no más: mar que se pudre/ que camina y se pudre con nosotros". El hombre y el mar, esos hermanos irreconciliables en el decir de Baudelaire, son para Rojas el contrapunto que simboliza la existencia. El ritmo de la memoria con sus derrotas y promesas,

Red Capital de Bibliotecas Públicas - BibloRed

sus viajes, la imagen más bella para hablar del tiempo.

A pesar de estas alturas metafísicas, nunca caerá Rojas en el solipsismo de muchos poetas que se han puesto la tarea embriagante, acaso sin sentido del humor, de cifrar la totalidad desde un sólo símbolo. Si Rojas habla de su cuerpo –del mar y del tiempo en su cadencia orgánica–, es para crear una comunicación más genuina, un punto de contacto con los otros cuerpos. Ese humanismo sincero lo aleja de toda tentación hacia el autismo. Lo hace pensar desde siempre en la existencia de un lector.

Quizás esto se explique porque el cuerpo no es cualquier símbolo. Quizás sea en él donde resida nuestra identidad particular y, al mismo tiempo, la posibilidad de una semejanza que nos defina como especie. Lo único que es tan propio como para diferenciarnos de los otros, personas distintas en nuestros pequeños defectos; tan ajeno y natural como para integrarnos a un linaje, medirnos con el mismo rasero de la manada. En el cuerpo entran en crisis las diferencias de la cultura, se diluyen las fronteras entre lo propio y lo colectivo, lo privado y lo público. Decimos "nuestro cuerpo" o "mi cuerpo", y de no ser por un sentido propietario, burgués, no habría contradicción alguna en estas dos frases, incluso en muchas lenguas llegan a ser sinónimas. De ahí que Rojas, mirando su cuerpo, hace un viaje por nosotros y con nosotros. Enciende una lámpara dentro de todos los cuerpos, recobrándolos en su inocencia, como el que vuelve a moldear al hombre de sus barros más primitivos.

De pronto sea este ánimo de recomienzo, del que se atreve a nombrar el mundo con maliciosa inocencia, lo que se muestra en la última parte de este libro titánico: "Medusa y el huésped". En esta sección, Rojas ofrece una pequeña cosmogonía desde sus propias obsesiones. Un Génesis profano, en el que pareciera que el artista creara a sus criaturas desde sus propias costillas. En una suerte de "todos contra la muerte", aquí se despliega una enorme pasarela por la que desfilan estatuas míticas, Satanás, Narciso, el hermano del poeta, un adolescente cualquiera y sus miedos dispersos. Hasta los *Lugares comunes*, ahora personificados, hablan y se revisten de pieles como en el "Circe" de Joyce.

Todas las criaturas, literarias o reales, legendarias o citadinas, merecen ser so-

pesadas por este creador de cuerpos. La vida es hacer fila hacia el desastre, parece decirnos el poeta, y los hombres, huéspedes de un cuerpo, entre la sal y la luz, están condenados a convertirse en piedra hacia el final de sus días, como el que al terminar su laberinto se mira en el rostro de una inquietante Medusa.

Esta visión purgatorial de la existencia, de ver la vida como un demorado tránsito, se refleja de manera magistral en una estética "que ve todo como una víspera", para usar las palabras del ensayo de Roca. Mas no hay aquí una visión negativa de la existencia. El horror de la muerte viene siempre acompañado de transcurso purificador. Lo que hay en estos poemas es una afirmación vital sobre las manifestaciones terrenas, digna del Arcipreste de Hita, y que bien podría sintetizarse en estos versos de "Jaculatoria corporal": "No me llamen de arriba ni de abajo./ De aquí yo quiero ser,/ de este lugar que muerdo con mis ojos,/ con este ser hambriento que me nutre./ Aquí quiero vivir aunque no pueda,/ aunque me pongan cáscaras encima,/ aunque me muestren siempre una casa llorando...".

Rojas es de esos poetas que señala la llaga y al mismo tiempo nos consuela. Mira al hombre como lugar de la putrefacción, y así lo muestra pudriéndose sin que hombres ni mujeres puedan hacer nada. Pero al mismo tiempo, resultado de sus sueños, siempre contempla al hombre con "un anhelo de posterioridad", para usar una expresión de sus ensayos. A Rojas –a diferencia del "Tuerto" López de su ensayo– "le mira el ángel", y en sus palabras encontramos "un atisbo de esperanza". Escribe Rojas en este mismo ensayo, en lo que sería un credo, la paradoja de todo poeta que considere verdadero: "un poeta es –por sobre todas las cosas– un hombre que sabe, con íntima y saludable convicción, que ha de morir. No que ha de pudrirse. Sino que ha de morir. Que ha de trascender. Que todo aquí abajo es hospedaje. Entonces compadece a la criatura y la levita. No importa que, para alcanzar ese luminoso diapasón, su palabra haya tenido que empapar su impulso en la maldición y las tinieblas".

Desde la luz preguntan por nosotros. El título despierta, de inmediato, una mezcla de miedo y de genuina esperanza. Logra reunir, en una sola sentencia, aquellas dos fuerzas que tanto evitaban los estoicos por su carácter subversivo, pues en ellas podría cifrarse una comunión humana muchísimo más certera que la

Red Capital de Bibliotecas Públicas - BibloRed

razón o la fe. Es aquí cuando el hombre de estos poemas, ángel y demonio de su propio tránsito, se nos muestra como un ser que está hecho "de presagio y de sangre". Las palabras del poeta, sus oraciones y jaculatorias, como una compleja amalgama de elegía y evangelio.

Los seres de esta poesía, a pesar de su degradación, quieren vivir en la tierra y fundirse con ella. Reencontrase entre los hombres y a través de sus sensaciones. Y es el poeta quien anhela "hacer del mundo una prolongación orgánica de sí mismo", como lo dijera el propio Rojas sobre Walt Whitman. Esa "invitación a coexistir dentro de una fuerza armoniosa", "a desintegrar el yo en infinitas astillas, en otras tantas criaturas sensoriales", cualidades que veía Rojas en la poesía del estadounidense, son las que determinan el carácter de todo este libro.

Como reconocimiento de esta deuda nos deja Rojas uno de sus momentos más emblemáticos, "Walt Whitman enciende las lámparas en el comedor de nuestra casa". Escribe Rojas en este poema magnífico: "Nos pondremos en paz, hermano Walt,/ en esa paz oscura donde hablar/ es tomarse las manos/ y esperar en silencio a que regresen las lámparas./ Después saldremos a la plaza y ayudaremos a la multitud/ a sembrar el follaje de un futuro estandarte".

¿No es esta conversación sincera, profunda pero sencilla, la que alumbra en las plazas y los pueblos con su asombrosa dignidad? ¿No es ésta la depurada sabiduría que este poeta anhela, la de un alma vivida desde el cuerpo, en la compañía y el milagro de los otros? La hondura de este libro sería su sencillez, esa capacidad de revelar el universo en los temblores de lo simple. En "Rey de alcoba", tercera sección del poemario, Rojas fundaría el mito desde los hombros de Nausícrates, máximo ejemplo del hombre cotidiano, elevando lo trivial a una materia sagrada. Como se evidencia en *Párrafos de aire*, reciente antología del poema en prosa colombiano, estos poemas irradian lo más sencillo con los fulgores de lo épico, rompen las telas de lo solemne para mostrarnos cuánto hay de heroico en lo prosaico, cuánto de cotidiano en lo que creíamos maravilloso.

Pariente del gusano y del ángel

Como lo advertía antes, la poesía de Rojas, más que ninguna otra en Colombia, podría situarse en lo que Terry Eagleton denomina como los "ámbitos de la moralidad". Esos discursos que nacen del complejo entramado que hay entre el cuerpo y la naturaleza, entre los cuerpos y la cultura, para afirmar "el disfrute y la abundancia de la vida". Discursos o visiones que desde la profunda conciencia de lo orgánico, del cuerpo y sus relaciones con lo otro, afirman los fundamentos de una ética sin caer en lo taxativo de los fundamentalismos, vuelven a hablar de la importancia del amor sin la necesidad de cadáveres o resurrecciones.

Este discurso amoroso no implica, de ninguna manera, que exista una paz entre el hombre y su entorno. Una suerte de sosiego idílico con lo otro, sea este otro sus semejantes, el mundo o lo celeste. En Rojas el amor se manifiesta como combate, lucha desenfrenada de los contrarios. Es una redención en el desgarramiento.

Aquí es dónde su poesía se distancia radicalmente de la cultura judeocristiana para ubicarse, desde el primero hasta el último de sus libros, con un pie en el imaginario cristiano y el otro en el júbilo de los mitos.

Quizás esta visión de lucha, del mundo como combate, se exprese con su máxima intensidad en el cuarto libro de Rojas, *Agresión de las formas contra el ángel*, publicado en 1961. Nos dice el poeta en "Súplica de amor", uno de esos poemas que abren claves: "Por mis ojos culpables de todo lo que existe;/ por la gozosa tortura de mi saliva/ cuando palpo la tierra digerida en mi sangre;/ Por saber que me pudro. Ámame". La contundencia de estos versos es estremecedora. El amor genuino sólo podría nacer tras la conciencia última de la putrefacción, como el resultado doloroso y feliz de haber asumido que se vive en la tierra, bajo el dominio del tiempo y sus fuerzas adversas.

Agresión de las formas contra el ángel, esta sentencia extraña, que raya en lo hermético, podría ser una declaración de un cuerpo heroico, que debe luchar a diario contra las fuerzas supremas que lo cercenan. El hombre, híbrido de tierra y de luz, carne y milagro, si quiere vivir –y escribir–, debe librar un combate a muerte y contra la muerte, una lucha desde el cuerpo y contra el destino.

Red Capital de Bibliotecas Públicas - BibloRed

Aquella vocación de Rojas de invertir los términos y los valores, elevar lo habitual hasta las esferas de lo ceremonial, mostrar los dilemas más encumbrados en su llana cotidianidad, rasgo que lo emparenta con la más pura tradición carnavalesca, aparece en este poemario de una manera notable. En la primera parte, que lleva el mismo título del libro, Rojas encarna la lucha diaria por la supervivencia, el eterno dilema entre la realidad y el deseo, hasta los niveles y reclamos de una figuración abstracta. Hace de ella una verdadera gesta épica entre los conceptos, con "Salmo de la derrota", "Ídolo" y "Martirio" incluidos. Esta guerra verbal nos deja algunos de los poemas más complejos de Rojas Herazo, en los que un lenguaje barroco, condensado, conforma unas piezas monumentales y difíciles, dignas de las arquitecturas de Piranesi. Si en ciertos poemas de Rojas sentimos una casa corporal, habitación orgánica del poeta, a estos poemas les vendría mejor la inmensidad de los palacios, plazas y galerías sin término, abandonadas a su propia suerte.

Para la segunda parte, "Preparación matinal", la inversión sería la opuesta a la de la sección anterior. Aquí hay un poeta que asume la más compleja metafísica desde la guerra cotidiana. "Preparación matinal" podría significar cierta idea de personajes o de situaciones, imágenes o elucubraciones, donde la lucha desgarrada entre el destino y el cuerpo se vislumbra en el día a día, en el ocio contemplativo, o como lo dice el mismo Rojas en alguno de sus artículos: "[...] el tema simple, monumental y heroico –heroico por lo aterradoramente normal de este sacrificio terrestre– de un hombre a quien no ocurre nada".

"Preparación matinal" podría significar todo esto, una ampliación de las rutinas en el vértigo existencial. O simplemente podría estar diciéndonos Rojas que esta segunda parte sería el resultado disperso de la escritura misma, esa otra lucha entre el destino y el cuerpo, los trabajos matinales del poeta en un periodo de más o menos cinco años.

En esta sección aparecen los poemas más famosos de esta poesía. En "Expedición a la noche de mis glándulas" vuelve el viaje del poeta a través de su cuerpo, el encuentro de todo un universo en "mi revés, mi azufre vivo". La maestría de su escritura consigue que las palabras se desplieguen, irrumpan con violencia, se ramifiquen en los vacíos del poema

con la fuerza del deseo, esa pulsión que "es vegetal/ pide caminos/ aire/ quiere temblar en fruto/ suspenderse/ pide un cuerpo abonable", y en la que "hasta la muerte sufre con su anhelo".

"Responso por la muerte de un burócrata", "un réquiem por la vida cotidiana" en el decir de Roca, merecería una mención aparte. Este lamento, entre lo irónico y lo tierno, es sin lugar a dudas uno de los grandes poemas de la poesía colombiana, y advierte toda una gesta desde lo cotidiano. Una vertiginosa exaltación verbal por el milagro de estar vivos, aún entre ciudades y oficinas grises, recuerdos vanos y despojos: todas esas atmósferas de oficinistas, casas solas y ciudades, y que habrían de aparecer nuevamente en las mejores páginas de *Celia se pudre*. "Ahora, delicado pariente del gusano y del ángel, / te disuelves levemente mientras el calendario revolotea sin sentido [...] Ya ha terminado el suplicio de los ruidos y sabores". El poeta se despide de un burócrata cualquiera, de un "don nadie", mas pareciera que lo que estuviera despidiéndose de nosotros fuera la cotidianidad entera, con sus rutinas y sus objetos, todo un mundo personal entre ciudades y gestos entrevistos, árboles abolidos.

A lo largo de toda esta sección se puede gozar una muestra de lo que esta escritura tiene para darnos. Una poesía que en su recorrido por las profundidades humanas, del cuerpo y de la memoria, nos pasea desde los abismos del horror hasta alcanzar "La Hermosura". Hermosura: "lo único que nos es dado entrever [...] en la amargura en que fuimos creados", nos dice el poeta en su victoria contra el tiempo.

Memoria a contraluz

Después de *Agresión de las formas contra el ángel*, la poesía de Rojas Herazo tiene un silencio de casi 45 años. En todo este periodo su trabajo se concentró en la pintura y en la escritura de sus tres novelas: *Respirando el verano* (1962), *En noviembre llega el Arzobispo* (1967) y *Celia se pudre* (1986), esta trilogía de Cedrón que junto con las novelas de Gabriel García Márquez y Germán Espinosa, dos grandes admiradores de Rojas, conforman la mejor narrativa del Caribe colombiano, acaso la de todo el país.

La memoria le pedía caminos al poeta, tenía que contar la gesta de los suyos,

Red Capital de Bibliotecas Públicas - BibloRed

emprender los viajes narrativos que el patio de su infancia le demandaba.

Tras estas aventuras literarias que incluyeron una estadía en España y varias exposiciones de sus pinturas, Rojas publica en 1995 *Las úlceras de Adán*. El libro es el legado de un poeta que después de lo vivido y lo perdido, de los viajes y el silencio, ha encontrado en la poesía su máximo "consuelo", lo más cercano a una promesa de "redención". Consuelo y redención, quizás sean estas dos palabras las que mejor definan esta escritura tardía, la opinión que tenía este hombre sobre la poesía hacia el final de su vida.

Responde en una entrevista de 1995: "el ser humano me ha parecido siempre demasiado patético, demasiado desamparado. La poesía es, por ello, la urgencia del consuelo. En medio de tanto desamparo, sólo queda la honda compañía de la palabra". Y escribirá después en uno de sus últimos textos: "Lo sublime de la poesía puede radicar en el majestoso resultado de su consuelo. Contiene ese consuelo una ternura tan poderosa que, al diluir el sufrimiento, nos obliga a la intuición de que no somos completamente terrenales [...] Nacemos única y exclusivamente, para sentir y contemplar nuestra destrucción. La poesía nos redime. Ella es el más hondo rumor (el que nos defiende con el ensalmo, el que trasciende y justifica el recuerdo, el que esfuma el pesar) de la inclemencia en nuestro existir. De allí su ritual seducción".

En los poemas de *Las ulceras de Adán* sentimos la presencia de una palabra plena, madurada en las paletas más diversas. El poeta ha alcanzado la anhelada sabiduría del que mira en retrospectiva. A pesar de la dureza de lo que dice: degradación y muerte, derrotas, nos queda la impresión de un escritor sereno, sucinto y directo como el ojo de las águilas viejas. "Tanto viví mi muerte que ahora sueño/ morir de azorados huesos", nos dice en su poema "Epitafio".

El cuerpo de estos poemas vuelve con la tenacidad de antes, pero ahora sabe el poeta que aquellas glándulas, entre el deseo y la degradación, esconden la memoria táctil de toda una vida, son la materia memoriosa de su historia, como se refleja en el poema "Lamento y alegría del flautista": "Profundo como el ocio de un muerto/ ha sido el trabajo de tus órganos./ Por cada fibra de tu cuerpo/ se ha inmolado la vastitud de muchos reinos/ cada uno de los cuales mereció

ostentar/ la esperanza y la desgracia de un paraíso./ Eres el fruto de dormidos suplicios/ y el ímpetu de abisales apetitos".

Lo prosaico se eleva a lo sagrado en "La segunda resurrección de Agustín Lara", poema que le atribuye al bolerista los poderes de Cristo. Profana e invierte lo sagrado hasta la más fina ironía, como se muestra con gran acierto en su poema "Un agujero": "Le pregunto al tendero gordo/ con toda seriedad:/ —¿Usted es Dios, señor?/Y él me responde,/ mientras corta trocitos de jamón,/ mientras mueren/ poco a poco sus ojos:/ —No, no soy Dios, pero sí lo conozco./ —¿Cómo es él? –le pregunto./ Y él me responde: –es así./ Y me da su tamaño, su peso, sus medidas".

Otro gran ejemplo de esta inversión de los órdenes aparece en el poema que le da título al libro, "Las ulceras de Adán", y que como lo advierte David Jiménez, esconde toda una cosmogonía en sus doce versos. En este poema Adán fue quien creó a Dios, y luego, al percibirlo en su orfandad, se apiadó de él hasta alojarlo en su carne: "Lo inventó una mañana/ (en esto consistió su privilegio)/ y olfateó su terror, sus crímenes, su sueño./ Entonces conoció la alegría de no ser inocente./ Y se apiadó de Dios/ y lo hospedó en sus úlceras sin cielo".

Cada poema de este libro es una "úlcera adánica", el testimonio de una carga que lleva el hombre desde su misma concepción. Pero este libro es, también, "Un inventario a contraluz", como se titula uno de sus más bellos poemas. El poeta, infatigable curador de su propia vida, pasa revista de sus recuerdos y reflexiones. Habla de la infancia y de los poetas que amó: –García Lorca, César Vallejo–, como el que le rinde a sus amigos muertos un acto de justicia.

En este inventario juega un papel especial "Los artesanos de la luz", en donde Rojas habla de los pintores que dieron color a su paleta, los hombres que le enseñaron a ver el mundo en sus contrastes de luz y de silencio: Tamayo, Velásquez, Van Gogh, Piero Della Francesca, Uccello. Los poemas de esta serie son verdaderos trazos de la palabra, invocaciones del color. Nos dice Rojas sobre los jinetes de Uccello: "Sobre un bloque de luz cabalga el viento/ en un corcel de alumbre y amapola".

Todo el libro es un testimonio de herencias, artísticas y vitales. Un legado amoroso. Rojas escribe ahora como el

que habla a un amigo, destino último de sus plegarias: "Te hago el relato de todas estas cosas ahora, cuando todos han muerto. Cuando ya solamente la memoria/ es río, cosecha, solitaria espuma de patios,/ trinos que se deshacen en el calor/ mientras dulces mujeres/ parlan bajo las hojas, en la tarde,/ frente a tiestos de orégano [...] Te hablo del mundo, del tiempo en este mundo./ De días que pasaron como finas monedas".

Y si hablo de una conversación con los amigos no sólo es para insistir en un rasgo estilístico. La amistad es una categoría estética en el último Rojas. Si se toman los modelos de la comunicación en un sentido esquemático, podría pensarse que el receptor de esta poesía es siempre un amigo, que los amigos son la razón de ser de esta escritura, pues es en ellos donde en últimas, enajenados del cuerpo y la memoria, ocurren nuestros anhelos y derrotas. Es el otro quien atestigua nuestro tránsito del cuerpo hacia la luz.

Si como lo advertía Aristóteles, "la amistad es el único comercio desinteresado si se da entre iguales", el poeta de este libro comercia desinteresadamente. Habla y se sienta en nuestra mesa. Nos trata de hombre a hombre y de igual a igual, en un ejercicio abierto de honestidad verbal. Así como los personajes residen en la mente del novelista, en ella confabulan y se confiesan, en la memoria del lector es donde reside el legado del poeta. "Rojas Herazo dice que son los amigos quienes nos inventan", ya lo escribía Juan Manuel Roca, su amigo y lector, algunos meses antes de sobrevivirlo.

Desde el reverso de las lámparas

Quizás porque aparecieron en el 2006, cuatro años después de su muerte, los poemas de *Candiles en la niebla* nos hablan desde el misterio, irrumpen en el presente como ecos o vestigios de una secreta lejanía. Si decía Rojas Herazo en los cincuenta "desde la luz preguntan por nosotros", parece que ahora es el poeta quien habla desde los candiles, quien pregunta por nosotros del otro lado de los cuerpos.

Libro de alianzas y reencuentros, el cuerpo ha terminado su tránsito en el dolor, ha trascendido en el milagro de la carne dejando a un alma huérfana que nombra los despojos. Un alma sola, en vísperas del último viaje, y que a la vuelta del tiempo se encuentra en los reversos de su in-

fancia: "He llegado/ Al fin/ he regresado a mí mismo/ a mi antigua inocencia/ al polvo de mis días/ a la voz en que ardieron/ mis sentidos primeros/ o quizás donde ardieron/ mis suplicios mayores", nos dice el poeta en "Antigua inocencia".

En estos poemas hay una continuidad en los temas, en el espíritu, pero ahora estas palabras se han poblado de nieblas. Han cambiado de luz bajo una renovada sabiduría del que conoce la verdad que hay detrás de los instantes. El poeta que desentrañaba los cuerpos, mirándose en los latidos, es quien persigue ahora el fulgor de los huesos. Indaga en la esencia perdida de las cosas para decirnos, con Hölderlin, que allí donde habitaba el peligro estaba también su salvación: "Ya sabemos que la rosa/ es aroma de la espina/ y que el consuelo lo forja/ el dolor que nos destruye".

El pintor de las grandes series, *Agresión de las formas contra el ángel*, *Tránsito de Caín*, se ha vuelto un dibujante de pequeños resplandores y sombras al carboncillo. O como lo dijera Roca en el prólogo a esta edición póstuma: "Pocas veces se puede tener en las manos un libro hecho, más que de palabras, de jirones de luz. De secretos revelados por el poder de la lengua en los que el despojo, las preguntas por el ser y por la nada, parecen tallados en la meditación y en el desvelo. No se trata eso sí de una poesía complaciente. Es el suyo un lenguaje que fustiga, que lacera y cura a la vez, como si el punto cenital de su obra fuera dar formas al silencio y entregarle más silencios al paisaje".

Si el poeta de los primeros libros merece estar en la gran poesía colombiana, este último libro de trazos fantasmales, conjunto de revelaciones y obituarios, ya haría de Rojas Herazo un poeta definitivo, que ilumina con sus candiles los misterios del alma como antes lo hacía con los del cuerpo. Junto a estos poemas de brumas y forasteros, filos de una "memoria ulcerada" donde el poeta se interroga, "cavando en lo profundo,/ más allá de mí mismo,/ donde cada recuerdo/ es otra llaga/ manchada de blasfemia con espumas", aparecen tres poemas a la violencia que escribió Rojas en los sesenta.

"Los desplazados": donde esta concepción humana de tránsito y destierro, cuerpos a la deriva del tiempo, se hermana con un país de expatriados dentro de su propia patria. "Redoble de lástimas": un bello poema en el que los reclamos

Red Capital de Bibliotecas Públicas - BibloRed

de justicia, reclamo interminable de un país impune, nacen del agua y la materia misma: "La fruta que te llevas a la boca/ tiene veinte muertos/ a frialdad y sevicia madurados... el agua que tú bebes ha arrastrado cadáveres y casas". Y finalmente "Lamentación del campesino emasculado", en el que pareciera que todos los cuerpos del país, con sus linajes y leyendas, fueran truncados con sevicia en un sólo corte: "Fue como si me cortaran todos mis hijos de raíz".

Tres poemas a la violencia que muestran cómo este hombre, desde su concepción del cuerpo, antes que un evasor indiferente se sentía como una víctima debajo de las víctimas, cortado en las mutilaciones y desterrado en sus destierros. Su reclamo por el cuerpo, entre la luz y la historia, también era un reclamo por un país, una plegaria material en tiempos de matanzas. Sería incomprensible que un hombre solidario, consciente del tránsito de los cuerpos, no hiciera una mención a estos cuerpos desplazados. Violados en su inocencia, vilmente secuestrados, mutilados en las calles como símbolo y emblema.

***

Si cada uno de estos poemas fuera un trazo, una violenta irrupción entre el vacío y la materia, pincelada tras pincelada, vacío tras vacío, terminaría por dibujarse en el lienzo un único rostro: el rostro rotundo y caribeño de Héctor Rojas Herazo. Un rostro, tan sólo un rostro. Ese lugar donde el alma se encarna con un cuerpo y adquiere un nombre. El camino de Rojas Herazo llevaba de nuevo a Rojas Herazo, pero su soledad ya es la de todos. Y sus úlceras y transeúntes, su extensa colección de lámparas, alumbran como candiles entre todos sus lectores. Le dan voz a los que no la tienen. Un cuerpo y un alma a los que a diario desaparecen. Escribe el autor de Tolú en el mejor de sus "obituarios": "Algo de mí se esconde en cada rostro/ de los muchos que forman el olvido".



BIBLORED

Red Capital de Bibliotecas Públicas

La publicación del
6to Encuentro de Cafés Literarios y Talleres de Creación Literaria,
2do Concurso de Cuento, Poesía y Dramaturgia,
2da Selección de Crónicas de Barrio,
fue editada por la Secretaría de Educación del Distrito Capital,
Red Capital de Bilbliotecas Públicas - BibloRed.
Se imprimió en el mes de enero del año 2013

BIBLORED
Red Capital de Bibliotecas Públicas



6° ENCUENTRO DE CAFÉS LITERARIOS Y TALLERES DE CREACIÓN LITERARIA

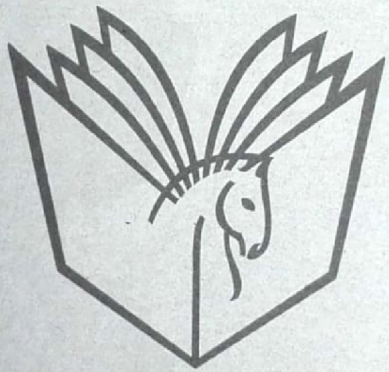
DESDE LA LUZ PREGUNTAN POR NOSOTROS

HOMENAJE A HÉCTOR ROJAS HERAZO

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ D.C.

BOGOTÁ HUMANA

SED
476



BIBLORED
Red Capital de Bibliotecas Públicas

2do CONCURSO DE CUENTO, POESÍA Y DRAMATURGIA
TALLERES DE CREACIÓN LITERARIA Y CAFÉS LITERARIOS

2da SELECCIÓN DE CRÓNICAS DE BARRIO

ENERO 2013

Lado B

ACTA DE PREMIACIÓN

En la ciudad de Bogotá D. C., el viernes 26 de octubre de 2012, se reunieron los jurados del 2do Concurso de Cuento, Poesía y Dramaturgia, Talleres de Creación Literaria y Cafés Literarios de la Red Capital de Bibliotecas Públicas – BibloRed, Homenaje a Héctor Rojas Herazo, para leer y discutir los 42 trabajos presentados en la convocatoria, en las categorías de cuento, poesía y dramaturgia, y en las modalidades de experto y principiante.

Después del debate que se llevó a cabo en la Biblioteca Pública Julio Mario Santo Domingo:

1. Se destaca la alta participación de jóvenes escritores quienes, a partir de su incursión iniciática en la escritura, ya revelan un talento que puede crecer con el tiempo y el trabajo.

2. Se reconoce como finalistas y ganadores a los siguientes trabajos:

CUENTO: Para esta segunda versión, en esta categoría, se obtuvo una participación más alta que la del año anterior. En la modalidad principiante se recibieron 13 trabajos, mientras que en experto se recogieron 18. Esta vez, se destaca la presencia de diversos temas como el amor, la ciencia ficción, el género policíaco y la incursión en el género de la minificción, y se destaca la creación de una buena historia y el adecuado manejo del lenguaje.

En la modalidad de principiante se otorgan menciones de honor a los cuentos "Sueño", firmado con el seudónimo Astrolabio, que corresponde a Mario Esteban Mora, quien logra crear una atmósfera apabullante y con ciertos tintes de pesadilla donde la realidad se mezcla inteligentemente con el sueño; al cuento "Él, el ausente", firmado con el seudónimo P.A.R.A, que corresponde a Paola Andrea Rubio Albornoz, donde encontramos una gran técnica para manejar la forma en la narrativa y un uso experimental y premeditado del lenguaje.

Se otorga el primer puesto al cuento "Relato verídico", firmado con el seudónimo Lucas Ochoa que corresponde a Ricardo Mauricio Díaz Alarcón, el cual se destaca por utilizar de manera magistral el género de la minificción, contándonos una historia con un lenguaje preciso y con un final que sorprende.

En la modalidad de expertos se otorgan menciones de honor a los cuentos "Cromosoma 12", firmado con el seudónimo Fúser Satrústegui, que corresponde a Alejandro López Chacón, quien logra hilar una gran historia utilizando técnicas narrativas que denotan madurez en la

índice

Poesía 18

Calle escribana
Estefanía Almonacid Velosa 19

Pies de nieve
Nelson Botero 20

Dramaturgia 21

El Señor Paloma
Mario Enrique Arévalo 22

La entrevista
Pablo Peñaloza 26

2da Selección de Crónicas de Barrio

Cómo ser un ñero te puede llevar a la muerte
Angie Carolina Burgos Preciado 32

Otra lengua
María Castiblanco Gualteros 34

Vida diaria de un conductor de bus
Camilo Chaparro Muñoz 36

Campo de batalla
Eliana Vanessa Flórez Ducuara 41

Cómplice del metal
Andru Jiménez 44

Las canchas de un barrio son simplemente otro escenario más
Cristian Camilo Martínez Contreras 46

Índice de autores 48

prólogo

En ediciones anteriores, la publicación que hoy presentamos a ustedes tenía como propósito dar cuenta de lo sucedido en el Encuentro de Cafés Literarios y Talleres de Creación Literaria que convoca anualmente a asistentes, usuarios y amigos de la Red de Bibliotecas Públicas de Bogotá. En esta ocasión, las hojas se adelantan al evento para ser entregadas al público, y sobre todo a los autores aquí publicados, no como memoria de lo acontecido el 19 de enero de 2013 (día en que nos reunimos al calor del fuego en la Biblioteca Pública Parque El Tunal), sino como parte de las estrategias que buscan incentivar a la ciudadanía a conocer y participar en los programas para jóvenes y adultos que ofrece el Área de Promoción de Lectura y Escritura de BibloRed.

Por segunda vez durante los seis años de trayectoria de nuestro Encuentro, el librillo se divide en tres partes. En el texto que sirve de apertura rendimos homenaje a Héctor Rojas Herazo, poeta, novelista, pintor y periodista, a diez años de su muerte, a través de la voz del crítico literario Santiago Espinosa. Él es el autor invitado a explorar el legado sin igual que deja el toludeño en el panorama cultural y artístico de nuestro país, al profundizar en los diversos matices de la obra del maestro. En el reverso, figuran los textos de los ganadores y menciones de honor resultantes del 2do Concurso de Cuento, Poesía y Dramaturgia de BibloRed, que esperamos continúe movilizando la creación literaria en espacios públicos y haciendo posible la apropiación de las Bibliotecas Públicas por parte de la ciudadanía. Por último, compartimos con ustedes seis crónicas urbanas escritas por estudiantes de bachillerato, desde el noveno al undécimo grado, de algunos de los colegios distritales que participan en los Talleres de Crónicas, programa donde se articulan las instituciones educativas y la Red Capital de Bibliotecas Públicas – BibloRed.

Los Talleres de Crónica que ofrece BibloRed se iniciaron en el 2008 con diversos talleristas que atendían a la población escolar, y a partir de 2010 los promotores de lectura y escritura de las bibliotecas Locales y de Barrio han liderado este programa. El Taller tiene una duración de ocho sesiones, cada una de dos horas, con una periodicidad semanal, y su objetivo principal es abordar con los asistentes el género de la crónica como herramienta de observación, reflexión y reconocimiento de su entorno con el fin de dinamizar procesos creativos a través

Relato verídico

Ganador [principiante]

Era arriba, allá donde los hombres de Babel tanto habían ansiado llegar, lugar sólo conocido en sueños, donde habitaba. Solía pasearse por la ciudad sintiéndose liviana, tan liviana acaso para poder deslizarse tranquila, impertinente, casi etérea y contemplar –como contemplaba a diario– las mil y una maravillas que la naturaleza ofrecía. Bien acostumbrada estaba ya a pasearse por los cerros circundantes, a perseguir pajarillos de colores y acariciar huidizos reptiles –hermanos de las ninfas y los endriagos, creo yo– que confundían la hierba con el agua o la luz. Mas no bien traspasaba el arcoíris y hacía ferozmente el amor con el río cuando quería, en incomprendidas ansias de sibarita, atravesar toda aquella maraña tropical y conocer al hombre. Bastará asimilar la grandeza del universo para entender que el azar la eligió un día, para digerir la idea de que una fuerza visceral la compelía a caer. Y cayó, llena de dicha, pesada como jamás se había sentido, desde la altura de un cerro hacia la ciudad de cemento. Tiempo de sobra tuvo para observar mientras caía, para examinar a la desdeñosa multitud que la evadía y caminaba apurada, que trotaba y olfateaba y se cubría la cabeza, y en medio de tanta imagen, de tanta sorpresa, de tanta decepción, esta gota de lluvia siguió cayendo, acaso humillada, acaso corrompida por el medio animal y sin pensarlo dos veces se reventó la cabeza contra la acera de asfalto.

Lucas Ochoa
Ricardo Mauricio Díaz Alarcón

Red Capital de Bibliotecas Públicas - BibloRed

Sueño

Mención [principiante]

Cualquier punto podía ser arriba, abajo, este, oeste; daba igual. Al principio había tenido la sensación de caer en el vacío, pero a medida que iba saliendo del letargo, comprendió que la sensación era más parecida a la de estar flotando, mas aún, ni siquiera sentía el peso del cuerpo ni la corporeidad del mismo. Quizás no desperté, pensó, y agudizó su visión para tratar de despejar la densa espesura envolvente... Era totalmente inútil. Agudizó el oído y pronto comprendió que ni siquiera podía escuchar ese ooomm escandaloso que se oye en el silencio, y recordó cuántas veces se había burlado de aquél murmullo que no cesa..., y a pesar del sobresalto que empezaba a dominarlo, contempló y disfrutó esa ausencia de silencio. Oh, sensación maravillosa, algunas veces imaginada, nunca sentida; fue entonces cuando se le ocurrió que quizás no había despertado y que tan sólo seguía durmiendo. Era un sueño extraño nada más, ya pasaría, poco a poco... Y así estuvo un buen rato, pero la lucidez se hacía más real con el transcurrir del tiempo, y era tal que ya no podía distinguir con certeza si soñaba o no; aunque luchaba por conservar la calma quiso gritar enfurecido y acabar de una buena vez con aquella absurda pesadilla, y sintió que desde las profundidades de su ser emergía un volcán huracanado con la furia de los siglos trepidando tras de sí, pero a pesar de ello y pese a todo, tampoco se escuchó. De pronto ya no valió tratar de conservar la calma, el pánico lo devoraba como dragón serpenteante, ahogando su furia, transformándola en miedo infantil e irracional. Sus pensamientos perdieron el hilo conductor y giraban como carrusel de tío vivo en alucinantes colores, sin poder permanecer en ninguno. Miles de pensamientos disputaban, comprimían el espacio, arremolinándose como un gran embudo, tratando de llenar su mente, pero estaba tan transportado al frenesí del absurdo que era inútil cualquier intento de cordura, de razón lógica; un estallido súbito de ideas volando en todas direcciones, no había lugar para la tranquilidad de un pensamiento secuencial, y vencido, invadido de todo aquello, se dejó llevar, dejó de luchar... Cuando volvió en sí, notó que el pánico aún le invadía y que no sentía el corazón galopante, ni descuajarse los músculos de su estómago en pulsantes contracciones. Y de nuevo su mente rodaba turbulenta por la montaña rusa del temor inefable. Ya no había dudas, creyó perder la razón y quiso llorar en medio de ese fragor hilarante, estridente, sofocante, pero estaba más allá de una sensación, un sentimiento, una emoción. ¿Cuánto tiempo estuvo así? Ya no importa; daba igual una hora, un día o mil años, no pudo calcularlo. No pudo sentir el tiempo. Esperó y esperó resignado, sosegado, pensó para sí que siempre recordaría ésta como su peor pesadilla y rio a carcajadas como quizás nunca lo había hecho, o mejor, imaginó que reía, porque igual, tampoco se escuchaba; a estas alturas no le sorprendió ya, ni

reaccionó con pánico porque empezaba a permear las membranas lógicas y absurdas con tal facilidad que apenas si podía diferenciarlas; tan sólo las observaba como a un caleidoscopio que forma figuras caprichosas, mirándolas ya sin asignar emociones, casi sin sentir, contemplando el vacío de la nada.

Sólo tengo que esperar, un mal sueño, tan sólo eso... Quiso pensar en su familia y recordó que su nombre era..., era..., era..., oh, quizás el shock del pánico intenso..., ya me acordaré..., y centró toda su atención en ello. Pensó y pensó y no tuvo la certeza de nombre alguno; nombres y más nombres, algunos le gustaban pero no podía apropiarse uno para sí. Y..., ¿mi familia? Recordaba rostros que iban y venían, mujeres, niños, hombres, pero igual no podía establecer grado de familiaridad o parentesco con ninguno. ¿Será ésta la muerte? Quizás morí mientras dormía. Y se repitió, sólo tengo que esperar... Pero no ocurría nada, no pasaba nada, tan sólo pensamientos extraviados divagando por cualquier parte, sin ninguna intención, como resignándose a morir... Abrumador sentimiento éste del absoluto, sin principio ni final, tan sólo un vagar en esa oscuridad profunda donde era nada entre la nada. Y empezó a cuestionarse si realmente vivió alguna vez. Quizás fuera un personaje de algún libro de biblioteca, dotado de un mundo imaginario, un componente electrónico de algún computador, acaso una neurona, una célula, un enlace de ADN, y volvió a perderse en cientos de cavilaciones; podía ser casi cualquier cosa o todas a la vez, o simplemente ninguna, y en estas idas y venidas se fue quedando dormido sin darse cuenta y sin saber por cuánto tiempo.

Astrolabio
Mario Esteban Mora

Red Capital de Bibliotecas Públicas - BibloRed

Él, el ausente

Mención [principiante]

Melancolía. Cada mañana tiene un sabor aterrorizante y el día continúa caminando olvidando darme la mano. Quisiera poder explicarlo mejor pero además de un infinito agotamiento, me da miedo llegar a definirlo con el lenguaje que Tú utilizas.

¿Miedo? Al parecer mi vida se a regido por un miedo desgarrador, tan parecido al color del dolor. Para muc os puede ser fastidioso, para otros, estúpido, para Ti innecesario, pero cuando lo llevas toda la vida simplemente te acostumbras a Él.

¡Buenos días!, es lo que digo cuando salgo de mi casa, no me ace sentir mejor pero necesito acerlo para ser consciente de Mí mismo. Saludo al mundo, saludo al caos, saludo mi mundo caótico; no tengo opción, intento atrapar mi destino, tan sólo soy extremadamente reservado, parezco permanecer triste sin estarlo realmente, simplemente soy alérgico al sentido del umor, un inexperto de la vida que decide y debe comprenderlo todo en solitario.

Salgo de manera tranquila, no soy una persona activa, sólo ago lo estrictamente necesario, lo que necesita mi cuerpo —no muc o, no muy poco—, simplemente lo necesario. Ellos dicen que soy demasiado tranquilo como para ser de este Mundo, (últimamente e pensado muc o en eso). El trabajo no requiere concentración, tampoco demasiado tiempo, es lo que yo llamaría un trabajo ideal para una persona como yo; los días festivos resultan irritantes, creo que ya lo saben pero les recordaré, vivo cerca a un parque y eso tiene implicaciones serias llamadas "niños". Recuerdo un día en el que Ella sirviéndome un té me miró y me dijo que cambiara de trabajo porque terminaría aburriéndome de la vida, me convertiría en un su... (De manera súbita la tostadora lanzó con un salto mortal improvisado aquel inocente e inútil manojo de arina que como siempre nunca caía en el mismo lugar). Ella no concluyó el comentario disfrazado de fonemas; Ella sabía que después de eso yo entendería y tenía razón, eso se llama la conspiración de los objetos, concluí. Actualmente esa tostadora está arc ivada en no sé dónde y pienso que con ella se fue mi sentido de

la percepción, mi creación de la realidad. ¿ ace cuánto no como tostada? (Inconscientemente lo dijo en voz alta como si añorara algo que era inalcanzable). Ella salió con una sonrisa inocente como si yo la ubiera complacido.

No se me ocurre nada, ace muc o no utilizaba mi máquina de escribir y es fácil saber que alguien más a ocupado mi lugar; una tinta gastada y una letra desaparecida son las únicas y suficientes evidencias que tengo. Igual, esa desaparición no tiene importancia, sólo decora, ¡cumple la misma función de la Luna!

Pensar en las palabras correctas me ace débil, sólo concluyo en istorias irrelevantes que, para ser sincero, únicamente me interesan a Mí, y el echo de contarlas no cambiará el curso de la vida o simplemente no quiero construir una ventana en una esquina de mi Casa para que Ustedes espíen mi soledad. Ya que no es necesario..., dejémoslo así, la vida no necesita justificación.

Sé que Ustedes esperaban algo diferente, incluso yo como ausente mantenía la última "cosa" de la caja de Pandora pero ésta resultó volando cual manc a de pintura con alas; ya no queda más que carne presta a desaparecer. Ya es ora.

Después de aber terminado ese tortuoso pero inevitable momento, camino (en realidad no lo ace, algún desconocido lo empuja) de manera lenta pero confiado de que cada "paso" me aleja de mi infortunio, siendo observado como el punto final de una novela; lo que no saben es que yo estoy más asombrado de ellos, seguramente nunca lo notarán. Estoy siendo consumido por ésta última palabra pero aún permanezco sediento.

P.A.R.A
Paola Andrea Rubio Albornoz

Red Capital de Bibliotecas Públicas - BibloRed

Parálisis

Ganador [experto]

La vi llegar, con el mismo pantalón rojizo que tenía puesto el día del accidente, con el cabello tan enmarañado como era costumbre y con una gran sonrisa en un rostro ajado. Se acercó a mí y dijo:

—Hija, perdona la tardanza pero surgieron algunos problemas —puso un cigarro en su boca, se lo encendí—. ¿Cómo está tu padre? —preguntó después de soltar una bocanada de humo. Mi mano jugueteaba con una pequeña bolsita negra que guardaba en el bolsillo derecho del abrigo, donde se posaban muy bien doblados algunos billetes que yo solía llevarle cada domingo.
—Inmóvil, tan quieto como lo ha estado por estos tres años —respondí con el ceño fruncido y sin mirarla al rostro—. A veces llora, quiere hablarme pero le es difícil, dice una o dos palabras y enmudece. Le pido que no se esfuerce y le acaricio el cabello— dije. Luego ella me abrazó, metió su mano en mi bolsillo derecho y sacó la bolsita negra.
—¿Has cuidado de él? ¿Has cambiado sus sábanas? —preguntó.
—No he cambiado sus sábanas desde que te fuiste —dije. Era cierto, bajo mi padre estaban las mismas sábanas azules que mamá había puesto en su cama antes de irse; mi padre era un hombre grande y pesado y me era difícil levantarlo sola. Luego sacó de la bolsita cinco billetes, los desplegó y los puso en mi mano.
—Cómprale una buena botella de whisky, eso lo mantendrá tranquilo —recibí el dinero y le dije con la voz un poco ronca:
—Necesito que vengas conmigo a casa, no puedo hacerme cargo de papá yo sola —en su rostro se marcó una leve sonrisa, se acercó y me besó la frente y pude distinguir en su aliento el olor dulzón del vino.
—Iré pronto hija, lo prometo. Iré pronto y cambiaremos esas sábanas —se fue alejando rápidamente de mí entre una multitud de gente que se dirigía apresurada a escuchar el sermón dominical, volvía el rostro mientras más se alejaba, luego la perdí de vista.

Mi madre tenía razón en el momento en el que dijo que el whisky mantendría tranquilo a papá, había acostumbrado llevarle una botella cada domingo después de ver a mamá, así que compré un buen whisky de camino a casa. Mi padre no podía moverse, no podía tomar en sus manos la botella, así que diseñé la forma de que él bebiera mientras yo estaba ausente. Conectaba el extremo de una larga manguerita al orificio de la botella y el otro extremo a la boca de papá.

Me aproximé a la puerta de casa, introduje la llave en la cerradura, cuando estuvo abierta alguien me recibió con una bofetada que me hizo sangrar la nariz, me llevé las manos al rostro, no se percibían sonidos excepto la acelerada respiración de quien me había golpeado y algunos gemidos míos. Levanté el rostro poco a poco, con los ojos entreabiertos pude ver unos zapatos de charol, luego unas gruesas piernas en un pantalón grisáceo y más adelante la cara redonda y graciosa del hermano de papá, el tío Elías.

—¡Estás loca! —gritó.
—¿Por qué fue eso? —musité
—Le das alcohol, está enfermo. ¿Acaso quieres matarlo?
—Ya está muerto —dije, y realmente lo creía. Era un muerto al que se tenía que alimentar.
—Encárgate de él tú sola. Si muere será tu culpa —tomó su sombrero, pateó algunos trozos de la botella que había quedado destrozada en el suelo y salió de casa. Me limpié el rostro y entré a la habitación de papá. Le besé la frente y por alguna razón empecé a llorar.
—Lo siento, se rompió. Te traeré otra, lo prometo —dije, él trató de sonreír y parpadeó constantemente, yo no sabía lo que quería. Nunca lo supe.

Salí de casa. Una incesante brisa hacía que frunciera el rostro, mis manos se resguardaban del frío en los bolsillos del abrigo, donde aún quedaban algunos billetes más. Entré a un pequeño bar, había unas pocas personas allí. Pedí una botella de whisky al hombre barbudo detrás de la barra, whisky que había empezado a acabarme antes de que papá probara una gota. Me quedé dormida en aquella barra, el hombre barbudo me despertó,

—Disculpe, cerraremos ya.

Regresé a casa, la luz del cuarto de papá estaba encendida, me aproximé a la ventana que daba a la habitación, era mamá, quien besaba el miembro erecto de papá. Era asqueroso verlo desnudo, pero eso no era lo importante ahora. Hacía tres años lo único que podía mover papá eran sus ojos y parte de la boca, ahora algo más había recobrado vida, algo más había decidido levantarse.

Al día siguiente papá sonreía, mamá sonreía y las sábanas habían sido cambiadas. Las sábanas estaban limpias.

Tatorrome
Tatiana Rodríguez Mercado

Cromosoma 12
Mención [experto]

Mi hermano se llama Samuel, mira a la calle por un resquicio de la ventana, ve cómo la vida transcurre para los demás menos para él. Me aflige saber que no puede mudar de piel, tan descascarada como la corteza de un árbol viejo y enfermo. Gira lentamente la cabeza, lo poco que le permite su cuello corto con pliegues de carne abultada. Sus ojos perdidos y sus párpados caídos se dirigen hacia mí como pidiendo una explicación. Una frase tan extraña para nosotros, "mutación en el cromosoma número 12. Diagnóstico: síndrome de Noonan", los médicos intentaron explicarlo pero ninguno de la familia comprendió. Cuando le pregunté a mis papás, "¿por qué Samuel y no yo, si al nacer tan sólo nos separaban un par de minutos?", la respuesta fue: "Mijo, Dios sabe cómo hace sus cosas".

Empezó a recordar. Sentía que sus padres veían a Samuel como un animalito que excretaba por ahí, sin conciencia de nada ni de nadie, pero él sabía que no era tal. No le gustaba que lo vieran desnudo ni que lo ayudaran a ponerse ni quitarse la ropa, su pudor y temperamento lo conocía él más que nadie. Aún compartían la habitación, siendo ya adolescentes las cosas no habían cambiado mucho. Cuando creía que su hermano estaba dormido, Samuel tímidamente descendía la mano hasta su miembro y se masturbaba, tapándose la boca con las sábanas para al final exhalar con fuerza; luego se quedaba dormido.

Había aprendido a quererlo y a entenderlo, los seres humanos comunes y corrientes con sus atuendos cotidianos y sus gestos cansados le resultaban en demasía vulgares. Él, en cambio, tenía una obsesión. Desde la primera vez que lo vieron en televisión, "Las estatuas vivientes, un recorrido por el mundo", cómo le hubiese gustado grabar aquel programa y mostrárselo una y otra vez, pero con una sola vez fue suficiente, ellos frente a la pantalla sintieron una secreta conexión, sin saber siquiera que desde la placenta jugaron a ser estatuas, inmóviles, para poder sobrevivir con el poco espacio que las fajas permitían, hasta que fue imposible ocultarlo, aunque ya habían decidido no moverse más por miedo a incomodar. Quizás para los demás el pequeño Samuel había sido toda la vida una grotesca escultura que brindaba un sórdido espectáculo, sin las monedas arrojadas para estimular su movimiento. Era cierto que a diferencia de su hermano, él sí podía jugar fútbol, ir a la escuela, correr por el parque; pero por dentro estaba paralizado; mientras su hermano desde las entrañas quería gritar que estaba vivo, pero no podía articular las palabras necesarias para hacerlo.

Tenía imágenes recurrentes en su cabeza de aquél especial. El periodista en voz en off sentenciaba: "Inmóviles observando el teatro de la vida" y de pronto al detenerse la cámara en la mirada de esos hombres y mujeres: "Berlín, Viena, Barcelona, Buenos Aires. Una galería infinita de personajes en posiciones imposibles, con propuestas únicas, inolvidables, mirando un punto lejano, ausentes del mundo, sumidos en una profunda meditación", fue ahí cuando surgió la idea, su hermano haría parte del show, ya no habría vergüenza ni miedo, era hora de escapar realmente de la brutal presión del útero.

Se había preparado y lo había decidido. Domingo, día de culto para sus padres. Comenzaría muy temprano, eso traería profundos disgustos, pero para él era un día perfecto, cuando las supuestas familias felices salían de sus iglesias con el credo en la punta de sus lenguas y sus manos dispuestas a dar, por lo menos eso pensaba él, aunque no era tan ingenuo; sabía los trucos necesarios para conseguir dinero, no como el mimo y su carita feliz o el vendedor de globos disfrazado. ¡No! El suyo era un objetivo más grande, más puro.

—Quiero ser una estatua viviente –dijo con determinación, mirando a su padre.
—Pero por Dios, ¿qué es lo que está diciendo? –respondió Germán–. Esas maricadas de la televisión le están jodiendo la cabeza. ¿Qué van a pensar los vecinos? Que engendramos un tarado y un loco... ¡Claudia, diga algo! Hay que ponerle freno a este muchacho.

El lunes a las 5 de la mañana como de costumbre sonó el despertador, Don Germán se levantó un poco confundido. Apagó el bullicioso aparato. Se dirigió lentamente al baño para comenzar su rutina. Al encender la luz encontró un lavamanos torpemente limpiado con rastros de una pintura o quizás aceites desconocidos. Observó el piso de la ducha, estaba húmedo pero sin manchas, sin embargo, el jabón tenía capas de escarcha, al frotarlo en sus manos y cuerpo dejaba una estela plateada, sólo sonreía pensando en las locuras de su hijo. Quizás lo comprendió por primera vez. Al despedirse le dio un beso a Claudia y quiso dirigirse a la habitación de los muchachos, al entrar estaba vacía.

Fúser Satrústegui
Alejandro López Chacón

Red Capital de Bibliotecas Públicas - BibloRed

Manual de instrucciones (short drink)

Mención [experto]

Debes empezar a seducirla sin afanes porque podrías asustarla y conseguir que te deje con la única certeza de no regresar. Lo primero que debes hacer es retirarle la envoltura con la que viene desde la fábrica, sin que la lluvia, afuera, logre distraer tu objetivo: desnudarla. Ella te estará mirando mientras lo haces; debes actuar con cautela porque las ganas se evaporan tan fácil como los recuerdos; dile palabras bonitas, que le endulcen el alma, de lo contrario sólo repetirás los errores de otras noches lluviosas. Recuerda, a ella sí debes conservarla, su naturaleza ya no es etérea; y ésta es la única oportunidad que tendrás para hacerle saber lo que sientes. Después del vino, las caricias y los besos traviesos, ella estará expectante de ataques más fervorosos, no tardes demasiado porque la paciencia femenina tiene un límite breve. Mírala a los ojos y ve descubriendo lo que quiere decirte; cuando esté entregada a ti, contémplala como a una obra de arte y ella te lo agradecerá. Déjate llevar por tus instintos, por la vertiente de sus muslos, y no permitas que la sensualidad se evapore en los olores tibios de la mañana.

Ella está esperando su llegada, él vendrá con el gabán gris que la seduce y la bufanda de lana que le queda tan bien. Los ojos marrón, la mano en la puerta, los labios listos para un beso despiadado. El timbre suena, ella espera un momento (para que no se le noten las ganas), abre la puerta y se encuentra con la figura de su nuevo mundo. Es él, y tendrá que mirarlo a los ojos para decirle todo lo que siente sin pronunciar palabras. Es él, el mismo lunar en la barbilla; en su cuello una bufanda de lana y un gabán gris que complementan el decorado de su cuerpo. La noche es joven.

Él está sentado en su escritorio, las manos en el teclado, la voz de una nueva profesora que lo seduce con su sola presencia, inicia el texto como lo había pensado: *Manual de instrucciones* escribe por fin en la hoja, es casi mediodía y el sonido de la lluvia empieza a colarse en sus oídos mientras describe el cuerpo de la nueva profe. Muslos, piel, ganas, besos atorados que imagina como suyos.

Ella se desnuda despacio, con la luz confidente de la luna que le va dibujando pequeños juegos de sombras en el pubis, en la caída estridente de sus senos hermosísimos; él la mira con asombro, y ella, con la piel asediada de placeres inconclusos, toma decisiones que no le dejan organizar las ideas. "No es como lo pensé", dice para sí. Ella se desata las tiras de la aterciopelada armadura de sus piernas; *la envoltura* ya está toda en el piso, se acercan para

besarse y parece que todo empieza a resultar ahora; los cuerpos fundidos se han saltado todos los pasos, excepto uno *déjate llevar por tus instintos* recuerda casi de memoria; los dos están desnudos, se devoran, y él, el otro él, que logró reconstruir con palabras la escena de sus amores negados, sigue escribiendo manuales imaginarios para los transeúnte iniciáticos de las artes amatorias.

Él sigue escribiendo cartas, porque sabe que son su único consuelo. De la profesora sólo quedan recuerdos tristes conservados desde la fiesta de despedida que le organizaron. El olor a comida, la mano de la profe diciéndole adiós a todos desde el umbral de la puerta; sabe que no volverá a verla, eso es todo. La lluvia empieza a caer de nuevo.

Ella decide empezar a escribir la historia que recordará por siempre. Le encantan los laberintos, esos que dibujó Borges para recrear minotauros y ya sabe cómo iniciarla; tendrá que inventarse la vida de todos y dar la sensación de lluvia que tanto le gusta. De repente, un título promisorio, *Manual de instrucciones* escribe al fin y comienza a crear lo que hubiera deseado para ella: un hombre que golpea a la puerta de su amante secreta, con un abrigo de color gris y una bufanda que no parece nueva, una mujer embriagada por el aroma de la sensualidad, se deja conducir al apartamento de él para hacer (mejor para crear) un amor enloquecido, lleno de matices rosa y neón —Sigue escribiendo, perturbada mujer—; la idea de los amantes es inventada por un profesor, como si se tratara de su propia vida; sí, un profesor que mira con nostalgia el fantasma de la profe, a ella ha de regalarle la noche eterna, esa noche que no se olvida. La mujer detiene su escritura, ya es suficiente porque afuera ha empezado a llover y aún no sabe si alguien más la habrá inventado a ella, nos estará inventado a todos.

J. Kharim
Jairo Humberto Fernández Mojica

Poesía



Calle escribana

Ganador

I

Amaba en las noches
y escribía en el día
el búho fémmine
desorientando la luna
tercer ojo de la constelación.

Se ocultaba de los verdugos
no se vendía por ágatas
cedía su naturaleza
porque en la urbe endiablada
hasta los ángeles tienen que alzarse la falda.

Evocaba a hombres
que vomitaban valentías
a mujeres ensayando vidas
atónita del trueque
incineraba el papel
y tiznaba la carne
reflejando en lámparas de cera
los protagonistas de historias fusiladas.

—No, no me arrebates las manos
porque con ellas copulo con las letras,
llévate mi sexo para que no hablen mal
de él.

En el piso más alto
se suicidó como espiral,
el libro, la pluma y el labial
se enfrentaron al asfalto
ella escapa
hay demasiado tiempo
para escribir en las azoteas.

II

Amarga es la sonrisa
de la niña flotante
su cicatriz hace tropezar
las rocas al cambiar de piel.

Miró el rostro lascivo
herida de la tierra
abertura insensata
para volverla a coser.

Todo se golpea
se olvida por el tubo
al final de la crudeza
del mimo burlado
de la heroína violada.

Ya grita porque duele
pero las heridas
no tienen callejones de escape.

Red Capital de Bibliotecas Públicas - BibloRed

III

Los pedazos de sangre
oriundos del poema
serán migajas
del desenfreno
si te marchas te incineras
si te quedas injurias las cenizas.

Los tritones vendrán en marcha
para convertirla en caracol
será más fácil embadurnar las palabras
estériles de agonías.

Debes vengarte
recuerda que los miserables adoran el
vacío.

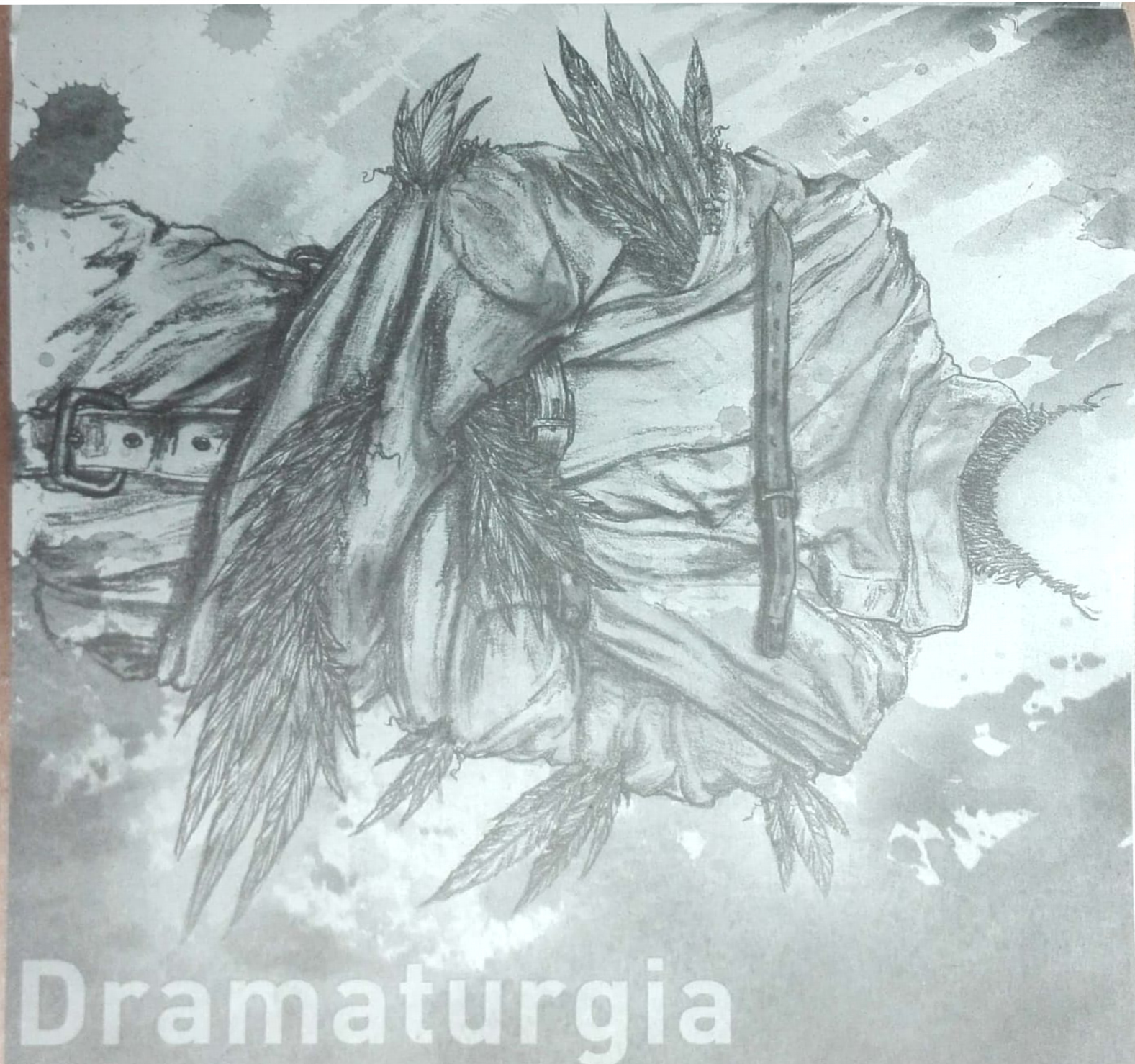
Terracota
Estefanía Almonacid Velosa

Pies de nieve (columna rota Frida Kalo)

Mención

Cada sombra sueña la noche,
créce la luna en su pupila,
asiendo el deseo.
Cuando los rayos se tragan lo oscuro,
esa es ella
lentas manos
danzando en la espalda piedra.
Lenta caída al espejo.
La inevitable mano
un dolor de colores,
los ojos de Frida que contemplan en
tinieblas
el fuego, la sed;
reinventar el tiempo.
En la noche cada sombra
es un sueño
cuerpo mudo
náufrago de sí mismo.
Chirriado verbo del lienzo
a suaves gotas,
las palabras se escapan.

Caronte
Nelson Botero



Dramaturgia

Red Capital de Bibliotecas Públicas - BibloRed

El Señor Paloma

...y se comerán con sus picos,
hasta sacarse las entrañas y sus ojos,
primero uno a uno,
después todos contra todos,
los dioses bostezan,
y el superhombre
con disentería
se ahoga en su própia baba...

ACTO I
ESCENA 1
FRENTE A LA VENTANA

En un pasillo del cuarto pabellón del quinto piso del Hospital Psiquiátrico San Juan Venancio, al lado de una ventana con gruesos barrotes y el ladrido de un perro asmático, está de rodillas el Señor Paloma. La luz es tenue, la niebla se extingue poco a poco y arriba en el lateral derecho hay una cámara de seguridad rastreando (girando 180 grados).

1-LUISE CASPIR HULET-ENFERMERA: ¿Qué haces mirando ahí en la ventana, señor Paloma?

2-SEÑOR PALOMA: ¿Cómo? ¿Quién?, ah, este, yo, pues, es que, no...

3-LUISE CASPIR HULET-ENFERMERA: Sí, tú, señor Paloma, te quedaste ahí mirando la lluvia y allá afuera a esta hora no hay nada interesante.

4-SEÑOR PALOMA: Este, pues, lo que pasa, la verdad, señorita enfermera, creo, no sé pero, pero es que aquel perro ladrando me dice que, este, pues..., pues, es que hay una joya en el manantial del país de las palomas...

5-LUISE CASPIR HULET-ENFERMERA *(cariñosa)*: No sigas con eso o si no nunca podrás salir de aquí. Acabas de salir de desintoxicación y debes seguir tu tratamiento muy juiciocito, tomar tu droguita y tus pasticas.

6-SEÑOR PALOMA: Señorita Caspir Hulet, usted es tan buena persona, tan bonita con su pelo negro que... ¿Sí?, sí, aquel perro, señorita, mírelo, dice que debo seguir con la misión...

Se escucha al perro ladrar fuerte.

7-LUISE CASPIR HULET-ENFERMERA: ¿Misión, cuál misión?, no entiendo, cuéntame, cuéntame. ¿Cuál es tu misión?

8-ALTAVOZ *(ruidosamente)*: ¡ATENCIÓN, ATENCIÓN, SE SOLICITA AL PERSONAL EN LA SALA "X", PACIENTE PSICÓTICO EN ESTADO DE CRISIS, INTENTO DE SUICIDIO!

Silencio de 5 segundos.

9-ALTAVOZ: ¡ATENCIÓN, ATENCIÓN, SE SOLICITA AL PERSONAL EN LA SALA "X"!

La cámara gira descontroladamente, el Señor Paloma y la enfermera la miran detenidamente por diez segundos.

10-LUISE CASPIR HULET-ENFERMERA: Debo retirarme. Ya sabes: debes ser muy juiciocito, y saca las manos de los bolsillos, ¿qué tienes ahí?, muéstrame, ¿plumas?, ¡más plumas de paloma! *(Enojada)* ¿Sigues comiendo todavía más plumas de paloma?

11-ALTAVOZ *(ruidosamente)*: ¡ATENCIÓN, ATENCIÓN, UNIDAD DE FARMACIA, SE SOLICITA TIOFRANIL 100 MG, VALLIUM 500 MG, TALADRÍN 20 GRAGEAS Y MOTOSIERRÍN EN GOTAS!

12-LUISE CASPIR HULET-ENFERMERA: Debo irme, espérame aquí juiciocito, no te va-

Red Capital de Bibliotecas Públicas - BibloRed

yas a mover. Quiero que estés bien, que salgas de este lugar. Deja de pensar tantas tonterías, dime: ¿cuánto tiempo llevas frente a esa ventana?, con tus manos llenas de esas plumas y... *(Saca un espray del delantal)* Te voy a dar una medicina que te hará sentir mucho mejor. *(Esparce con el espray el rostro del Señor Paloma)* ¿Verdad que te sientes mucho mejor?, te ves ahora muy bien. Contéstame, ¿ahora mismo es de noche o es de día señor Paloma?... *(El Señor Paloma intenta hablar pero no puede)* Eso, ya estas mejorando. Ahora dime ¿en el mar hay guitarras acuáticas?... *(El Señor Paloma quiere hablar pero se le hace extremadamente difícil, no puede)* Muy bien, ya estas mejor, eso me gusta.

Entra Víctor "Poeta" lentamente y la cámara gira siguiendo sus movimientos.

13-VICTOR "POETA": Buenos días, señorita Caspir Hulet, es un día hermoso. La he estado pensando mucho, y...., esta tremenda emoción de oír su voz, me llena de una fértil, cálida y suave inspiración.

"El vuelo de los astros perpetúa el oráculo de íntimos deseos. El flamante final nos acecha, el hastío, la desidia del peso de los días nos sumerge en cimientes y laberintos. El beso y la caricia palpitan en el sueño de la vida, en el latido, en el suspiro, en la palabra. Todo en el río insondable de tu canto, tú, la catedral de mi deseo con el cálido néctar de tu vientre. Beber quisiera del vergel de tu pasión, para ser tu siervo, amo y fruto. *(La enfermera empieza a burlarse de Víctor, él continua)* Nacer de la selva de tu torrente, morir en el olvido del paraíso, mi final es tu principio, y el cielo cierra los ojos en la aurora del silencio" *(La enfermera se burla a carcajadas de Víctor).*

(Al Señor Paloma) ¿Señor Paloma, cómo está? ¿Se siente bien? ¿Señor Paloma? ¡Háblame, qué le pasa!

14-LUISE CASPIR HULET-ENFERMERA *(riendo)*: Ya vengo, no se vayan a mover, quédense ahí juiciocitos.

Víctor "Poeta" ayuda a restaurar nuevamente al señor Paloma.

15-SEÑOR PALOMA *(sobresaltado y nervioso):* ¿Dónde, dónde, dónde está la libertad, dónde?... ¡El perro, el perro, señorita, el perro ladrón, ladrón de huesos, ladrón, ladrón! ¡Cerremos nuestros ojos y miremos, sí miremos..., miremos el firmamento, el extenso firmamento que nos espera!

La luz desaparece y queda iluminando únicamente a la enfermera. La cámara empieza a girar compulsivamente.

16-LUISE CASPIR HULET-ENFERMERA *(carcajada sardónica):* ¡Pobres locos hijueputas!

Mario Santorini Pakezerini
Mario Enrique Arévalo

La entrevista

[Obra para ver con la cabeza inclinada hacia la derecha].

Muy cerca al público hay un escritorio y una silla mirando al escenario, con un saco de paño y una corbata en el espaldar, y otra silla del otro lado del escritorio. Sobre el escritorio hay un jarro con agua, un vaso y algunos elementos de oficina: cosedora, teléfono, portaesferos, carpetas, etc. Al fondo, en un costado del escenario, hay un sujeto vestido de traje blanco con una máscara de gesto neutro y sentado sobre un sanitario leyendo el periódico.

EL SUJETO *(levantando la cabeza con un movimiento ágil):* El tráfico de esta ciudad es realmente absurdo... Absurdamente descabellado... Descabelladamente disparatado... Disparatadamente inadmisible, inadmisiblemente peripatético, peripatéticamente utópico, utópicamente ilógico, ilógicamente degradante, degradantemente deshonroso, deshonrosamente humillante, humillantemente envilecedor... Envilecedoramente ignominioso, ignominiosamente estresante, estresantemente angustioso, angustiosamente agobiante, agobiantemente garrafal, garrafalmente desaliñado, desaliñadamente adverso, adversamente calamitoso, calamitosamente funesto, funestamente... El tráfico en esta ciudad es realmente indefinible. *(Se descarga la cisterna repetidamente como sonido de fondo. El sujeto se levanta y empieza a retorcerse con movimientos catárticos que irán en un crescendo hasta casi salirse de la ropa con violencia, y terminará tirado detrás del escritorio. Se incorpora sin máscara. Se deja de oír la cisterna. Desaparece el sanitario. El sujeto agitado se ajusta la presentación)* Buena tarde jefe. Soy Martín Benavides... Vengo a presentarme como candidato para el puesto de ¡MENSAJERO EXPRÉS! *(pausa).* No tengo bicicleta y tampoco tengo moto, pero si me hacen un adelanto por lo de dos o tres sueldos me pienso comprar una buena bicicleta todoterreno. *(Inseguro se sienta en la silla que está de frente al público, saca un pañuelo y se seca el sudor. Echa un vistazo a todo el espacio)* Perdón por llegar tarde. *(Se muestra incómodo e intimidado)* El tráfico está complicado... Hay trancones por todos lados. Yo vivo al occidente de la ciudad, peor todavía, porque de allá hasta acá el bus se demora casi una hora cuando

no hay trancón, con trancón se demora las dos horas y hasta más..., y ahora les dio por arreglar toda la calzada izquierda de aquí para allá, entonces los carros están compartiendo la calzada derecha de allá para acá, imagínese el caos... *(se sonríe)* Avanzábamos dos metros cada cinco minutos... *(Pausa larga. Se sirve un vaso de agua toma un sorbo, se ahoga y la escupe tosiendo)*... Perdón, disculpe, de verdad discúlpeme. *(Afanado saca el pañuelo y limpia el escritorio, la corbata y el saco que está en la otra silla, se seca el sudor. Nervioso. Se queda viendo hacia el público con una mirada acusadora, luego reacciona)* ¿Quiere ver mi hoja de vida de una vez o..., quiere que antes charlemos? Digo... Tal vez quiera que le responda algunas preguntas... *(Agacha la cabeza y hace un gesto sintiéndose ridículo)* Bien. *(Abre el sobre, saca la hoja de vida y la revisa él mismo antes de ponerla sobre el escritorio)* ¿Me permite su esfero un momento por favor?... *(Toma un esfero que está sobre el escritorio)*... Es que puse la dirección antigua de la casa..., y si me dan el trabajo nunca me encontrarían si quieren corroborar mis datos personales..., ya me ha pasado otras veces. *(Pausa. Toma un sorbo de agua y se ahoga un poco)* Perdón. Permítame hago una llamada para confirmar la dirección *(saca el teléfono y marca. Se escucha la voz de la operadora: "¡Lo sentimos, nuestro sistema no registra su último pago. Por favor acérquese a una de nuestras oficinas para cancelar el saldo!". Nervioso)* ¿Será que usted me puede regalar un minutico para llamar a la casa y confirmar el dato de la dirección?, es que se me descargó la batería. *(Toma el teléfono que está sobre el escritorio y marca un número)* ¿Aló, mamá? Aló, aló, ¿mamá, me escucha? ¡Que si me escucha! Sí, sí, con Martín. No, con Martín. Martín, mamá, Martín. ¡Maldito micrófono de mierda! ¡Vea, mamá, es que necesito que me diga la dirección de la casa!... Aló, mamá... Con Martín, sí,señora... Que sí. Aló, mamá, ¡Mamá, póngase bien el huequito del audífono del teléfono.en la oreja para que me escuche bien! Aló. Mamá, n-e-c-e-s-i-t-o q-u-e m-e d-é l-a d-i-r-e-c-c-i-ó-n d-e l-a c-a-s-a... Eso... Sí, señora, ya estoy aquí... Sí, señora... No, señora... Bueno, señora... Sí, aló. *(Toma un papel del escritorio para apuntar)* Listo dígame... No, que me diga, ¡mierda!... Que me dé la dirección, sí la dirección... ¡Ajá!... Ajá... Listo, mamá, ahora la llamo, que ahora la llamo... No, no, que chao... Que chao mamá, chao, ahora la llamo, a-h-o-r-a l-a ll-a-m-o. *(Cuelga)* Qué pena. *(Toma el papel y revisa la hoja de vida)* Ah malaya, maldita sea mi suerte. *(Nervioso)* Qué pena con usted... ¿Será que me puede regalar otro minutico? *(Toma*

Red Capital de Bibliotecas Públicas - BibloRed

el teléfono y marca nuevamente) Mamá, soy yo otra vez, Martín. Aló, aló, aló, aló, con Martín, con Martín, mamá. ¡Mamá, acomódese el huequito en la oreja! Soy yo otra vez... Sí, sí, Martín, vea, mamá, es que me dio la dirección vieja... Que me dio la dirección vieja... Sí, mamá... Y necesito la nueva, l-a n-u-e-v-a... No, me dio la vieja y necesito es la nueva... Eso... Bueno, sí, señora (pausa) Sí, aló, aló... ¿Mamá, ya tiene la dirección? ¡Audífono de mierda! ¿¡Q-u-e s-i t-i-e-n-e l-a d-i-r-e-c-c-i-ó-n!? ¡Pues démela!... ¡Sí, la nueva!... ¡Ajá!... Ajá... Ajá... ¡Gracias! *(Cuelga. Risa tímida, se seca el sudor con el pañuelo)* Qué pena, es que mi mamá se está quedando sorda y es necesario repetirle las cosas para que entienda... Le voy a anexar este papelito a mi hoja de vida con la dirección actual para que corroboren mis datos. *(Toma la cosedora que está sobre el escritorio y cose el papelito a la hoja de vida. Pausa. Se pone nervioso, trata de decir algo pero no puede, toma otro sorbo de agua y se ahoga nuevamente. Apagón rápido, aparece nuevamente con la máscara, descarga la cisterna repetidamente como fondo. Sigue tosiendo casi hasta morir, con movimientos bruscos e imágenes grandes se quita el saco, se quita la corbata, se saca un zapato, se quita la camisa y se afloja el pantalón, grita, ríe, se contorsiona. Sin parar de toser, toma más agua y la escupe por todo el escenario hasta terminar vomitando de cabeza en el sanitario. Se apoya con las dos manos sobre el escritorio. Se deja de oír la cisterna)* ¡¡¡¿Quiere que le confiese algo?!!! *(Saca una cebolla cabezona del pantalón y se la empieza a comer poco a poco)* ¡No me interesa el trabajo! Estoy aquí porque ¡mamá! quiere que trabaje. ¡A mí no me gusta trabajar! Pero en cambio le puedo recomendar a un tipo con cara de imbécil que está allá afuera sentado, viendo cómo le pasa la vida por encima como un tren... Tuuu..., tuuuuuu... Es el mejor candidato, tiene buen perfil, alto, diligente, puntual, autómata, servil, y seguro que hará lo que usted le diga por cualquier tres pesos. *(Empieza a caminar engreído por el escenario vistiéndose nuevamente. Le timbra el celular)* ¿Quién habla? Hola, Nachito, no quiero desanimarte pero te cuento que el puesto es casi mío, sólo es cuestión de organizar algunas cosas y acordar otras con el gran jefe, y mañana mismo estaré trabajando como ¡MENSAJERO EXPRÉS! *(Cuelga. Se encarama en el escritorio, toma el jarro con agua y lo empieza a derramar sobre el saco y la corbata, y luego sobre él mismo. Se quita la máscara)* Pienso, mi querido doctor, que el trabajo es para los que creen que la vida es de verdad... Cuando a mí me pasa... A veces... Cuando siento ganas de

trabajar, me siento, tomo agua y espero a que se me pase. *(Se baja del escritorio. Saliendo)* Le diré a NACHITO que siga.

(Descarga de cisterna muy fuerte).

Pablo Peñaloza



2da Selección de Crónicas de Barrio
Talleres de Crónica

Enero 2013

Red Capital de Bibliotecas Públicas - BibloRed

Cómo ser un ñero te puede llevar a la muerte

Bueno, pues, empecemos con esta narración. Desde pequeños nuestra mamá o la familia nos enseña valores tradicionales: el respeto hacia los demás, la humildad propia de cada ser humano nacido en las barriadas y todo lo demás. Pese a ello, hay algunos casos, algunas personas, que desde pequeños les ha tocado una vida muy difícil. Estos niños y niñas no recibieron ese amor o cariño que nos pueden brindar y, como dicen, aprenden en la escuela de la calle. A tales personas les toca vivir una vida muy dura y como tal hacen cosas que en realidad la sociedad no entiende. La sociedad los juzga por cómo los ve, desde la superficialidad, ¿pero acaso se detiene a mirar o a pensar por qué son así? La gente, la sociedad, sabe juzgar, eso es lo que hace y como dicen por ahí: la gente no siempre es buena, pero cuando lo es, la sociedad la corrompe. Por esta razón he decidido escribir esta crónica.

Esta historia comienza así: yo me llamo Cristian Camilo y me dicen "Chipi". Comencé a echar vicio desde bien pequeño, comencé cuando cursaba séptimo grado porque a mi salón llegó un pelado al que le decían el "Aguapanelo". Con ese pirobo nos hicimos muy amigos, éramos parceros y nos tiramos el año ya que yo ya estaba muy metido en el consumo de vicio, metiendo a diario, y para poder fumar comenzamos a robar. No estábamos solos, el "Chipi" y el "Aguapanelo", teníamos nuestra banda, éramos como diez. Yo me la parchaba más con Jhonsito, mi cuñado, y un día estando ambos repepos en el barrio la Gaitana de Suba le robamos la cicla a uno de los mas ásperos, de los más parados de ese sector. El muy pirobo la soltó rápido pero nos hizo una advertencia: "Todo bien, llévensela que yo me los fumo luego porque ustedes no saben con quién se metieron, ¡ni se lo imaginan!".

Días después y a través de un Face anónimo nos empezaron a amenazar, pero con mi socito no le pusimos tanto cuidado a este asunto. Pasaban los días, pasaba el tiempo y nos seguían amenazando, pero nosotros no les parábamos bolas a las locas esas. Todo lo veíamos como un juego. Un sábado cualquiera me fui a farriar con mi socito y mi mujer. Pero la que yo creía mi mujer se gozó con un pirobo y entonces yo me le ofendí remaquia y la cogí refeo y me la llevé hasta la casa; mi socito venía detrás de nosotros.

Cuando llegamos a la casa le dije a mi socito: "Ñero, páseme la cicla que me voy". Ese día no era el día de mi suerte. Cuando iba a pico y cuarta de la casa donde los había dejado me encontré con el pirobo que nos amenazó tiempo atrás, el dueño de la cicla, y venía con otro y en la esquina venían más y más y más gente de su parche. El chino me bajó de la cicla y

entre los cuatro me comenzaron a cascar muy fuerte; sólo pude oler el escandaloso olor de mi sangre. Pero luego me les comencé a parar, estábamos todos locos pero yo era el más pepo. De repente, sentí un dolor muy fuerte, intenso y punzante en la espalda: me estaban dando los puntazos. En ese momento caí, perdí mis fuerzas, me dieron dos tiros y vi pasar toda mi vida en un instante por mi cabeza.

Alcancé a ver que venían corriendo mi mujer y mi socito; ella me comenzó a abrazar, me dijo que la perdonara, yo le dije que todo bien que ojalá se consiguiera a alguien que la quisiera más que yo; y mi socito, el John, no fue capaz de acercarse, debía verme muy mal. Yo ya no podía abrir bien los ojos. Todo pasó en cinco minutos, no les miento, pero en ese instante pasó toda mi vida. Llegaron los tombos. Alcancé a escuchar que uno de ellos dijo: "Dejemos morir a esa rata". Entonces, mi corazón se detuvo y pues, ñero, hasta ahí llegó mi historia. Sólo puedo darles un consejo: para un áspero, hay otro áspero.

Miles de jóvenes como este muchacho viven la violencia y la marginalidad de sus barrios de manera tan extrema que la muerte les llega sin previo aviso. Mientras tanto, la sociedad los sigue juzgando como si ellos hubieran elegido ese camino, como si hubieran tenido otra posibilidad entre tanta pobreza. Para todos ellos, respeto. De su memoria es que debemos partir para pensar: ¿son los jóvenes culpables de la muerte que los espera en cada esquina?

Glosario para callejeros:
Pirobo: Suele decirse así a lo amigos o a los enemigos.
Repepo(s): Muy drogados.
Face: Facebook.
Remaquia: Muy fuerte
Gozar: Besarse o bacilar con alguien.
Pararse: Enfrentarse.
Puntazos: Puñaladas.
Pico y cuarta: De aquí a la vuelta

Angie Carolina Burgos Preciado

Red Capital de Bibliotecas Públicas - BibloRed

Otra lengua

Esperaba sentada en aquel delirio en busca de los secretos más ocultos del alma. Amaba perdiendo la razón, dejando salir todos los deseos del cuerpo y del alma entre pupitres. Algunos emergieron con la intriga de saber quién iba a enseñar el verbo *to be* tres horas a la semana.

Escondía su mirada tras los lentes con una sonrisa deslumbrante que lograba opacar el sol de sus labios bien definidos y de sus dientes perfectamente formados. Pasó al frente del tablero, con una voz tímida pronunció su nombre, quedándose guardado en mi mente, profundo en los recuerdos que divagan en el deber escolar.

Sentí una y otra vez escucharlo, de nuevo ilusionándome con la esperanza de algún día poder tocar su boca. En realidad, lo escuchaba de manera respetuosa cuando dictaba clase; expresaba ternura en cada palabra, narraba su recorrido por distintos países, buscaba en cada intervención sacar una sonrisa y convertir la clase en un diálogo ameno. Era lo que decía para que aprendiera a admirarlo. Cada frase recorría mi sistema nervioso congelando por completo el procesamiento de las ideas que debían ocurrir en una clase de inglés. Quería escuchar palabras que nos unieran, poco me interesaba aprender del parloteo de su lengua extranjera.

Me dejaba llevar por la imaginación confundiendo la realidad con mis deseos de estar más cerca, pero lograba obtener distancia, no sabía expresar lo que estaba sintiendo, me confundía tenerlo a mi lado, su inminente presencia en la revisión del cuaderno que desdibuja todo lo que quería decir mi corazón. Mi mirada estaba delatándome, esquiva, con un brillo cristalino que se reflejaba en sus lentes, se negaba a estar fija en la suya logrando traspasar la sensación de perderme en la pupila de sus ojos chocolate. Quería enredarme en su mirada pero me escabullía, los iris de mis ojos no podían contener el fervor de ese instante eternizado en un "gracias".

¿Podrían mis palabras guardadas salir con desenfreno sin controlar los sentidos? Escuchar el latido, la intensidad del corazón, como si el pecho quisiera correr. Tan sólo tartamudear un "te quiero", pero había que evitarlo. Yo me negaba a aceptar, eso hacía que mi ritmo cardíaco aumentara, hacía mi respiración lenta; las manos temblorosas al mínimo contacto de un saludo, los nervios que me invadían inspirándome lo prohibido. Aumenta la feniletilamina de mi cerebro y la adrenalina por pasar aquel muro de Berlín que interponía los límites del cuerpo y la moral, salpicados por el miedo, fantasía en mi cabeza, y conformándome con nada.

Me negaba a cruzar el largo pasillo de múltiples voces que dividen los bloques de aquel lugar de aprendizaje para no chocar con su presencia, y una negada caricia de la palma de su mano, de esa figura alta, acuerpada, vestida en una rutina de camisas rojas y pantalones negros en contraste con el color de su cabello. Enloquecía llevándome a un mundo extraño cuando él pronunciaba básicas palabras: "Hermosa, preciosa"; cuando las decía, sin saberlo, me estaba guiando a valorar tanto su respiración y detenerme en el tiempo.

Ese día recibía el informe académico semestral. Mis dedos fisgoneaban por la hoja que contenía el resultado oculto de no aprender inglés y desear una piel morena, sin poder traducir, ni pronunciar lo que él decía en clase. Se convirtió en mi distractor para aprender la obligatoria lengua extranjera.

Con la inocencia de mis palabras, en un rinconcito me atreví a confesarme y esta vez las miradas no fueron esquivas. Con los labios le toqué uno de sus tímpanos, en un susurro apunté para explotar mi silencio. Él, parece que lo sabía: "Tranquila, yo sé qué es", tomando mi cara como una flor que está invadida de rocío matutino. Sentía su respiración y todo se consumaba en un beso lento con un juego colectivo de labios mojados que se deshicieron en la madrugada de un 30 de julio. No recuerdo exactamente la hora, había quedado profundamente dormida en mi ensoñación. Logró entrometerse en mis sueños; en este episodio de mi cabeza lograba delatar mi corazón.

Hoy son las seis de la mañana, me falta un cuaderno; no lo encuentro y preciso es la primera hora. Y tengo clase de inglés.

María Castiblanco Gualteros

Vida diaria de un conductor de bus

En mi colegio me propusieron hacer la crónica que en este momento escribo. Para poder hacerla tuve que salir a investigar y preguntarme ¿cómo era un día cotidiano en la vida de un conductor de bus? Como mi abuelo conduce buses desde que era muy joven, me ayudó mucho.

Mi día empezó exactamente a las 4:00 de la mañana, un poco temprano para lo que estoy acostumbrado a levantarme y aún más contando que era un fin de semana. Pero a comparación de otras horas a las que normalmente se levanta un conductor de bus me levanté tarde. A esa hora salimos con mi abuelito, se sentía un frío impresionante, calaba huesos, era tanto que hasta sentía el cabello mojado, daba la sensación de tener hielo en la cabeza. Nos subimos al bus y se sintió demasiado diferente subirse a esa hora ya que el bus está totalmente solo: parecía un pueblo fantasma, no se veía ni un alma, no se sentía su olor habitual, se sentía limpio y se respiraba un ambiente tranquilo y sereno.

Mi abuelito, como siempre, revisó su herramienta con su compañero de trabajo, el "pato", como comúnmente se conocen a estos ayudantes, antes de ponerlo a andar. Le revisó el agua, el aceite, las llantas y todo lo que normalmente le revisan a su vehículo antes de ponerlo en marcha. Prendió el bus y lo puso a calentar. Mientras esto, entablamos una charla sobre el frío tan horrible que estaba haciendo. Estando el bus caliente arrancamos y cogimos camino hacia el paradero de Villa Cindy, el camino fue muy familiar para mí ya que conocía casi toda la ruta por donde nos fuimos a pesar de que nunca había ido a trabajar con mi abuelito. A pesar de conocer esta ruta, hay mucha diferencia en transitarla de día a transitarla a esta hora de la madrugada porque en la calle se veían muy pocos carros particulares, lo que más veía eran busetas que empezaban a laborar como nosotros y otras que ya estaban en su recorrido diario; lo otro que lograba ver en la calle era mucha gente, "ejército de obreros" como dice el profe, que a esa hora salía a coger transporte para poder ir a sus trabajos. Me provocó curiosidad una muchacha que estaba en uno de esos grupos de gente esperando, la muchacha tenía una cara de no haber dormido bien, se le notaba mucho el sueño que tenía. Lo primero que pensé fue: "Esta muchacha o no durmió bien o hasta ahora entró a un trabajo en el cual le toca madrugar".

En el camino pasamos por el CAI de la Gaitana y tenía los vidrios rotos y algunos policías ya despiertos a esa hora, entonces me entró curiosidad y le pregunté a mi abuelito si sabía por qué el CAI estaba así, a lo que me contestó: "Unas semanas antes hubo un pleito entre unos

ñeritos del sector y los policías metieron a uno de ellos en el CAI. La gente enfurecida empezó a echarle piedra al CAI hasta dejarlo como está actualmente", y luego agregó: "Se supone que pagamos impuestos para vivir bien pero no hacen nada por nosotros, vea ese CAI, por lo menos está así desde hace casi un mes y esta calle está horrible, está llena de huecos y nada que la arreglan", con lo cual yo estuve muy de acuerdo porque nosotros pagamos impuestos y todas las cosas públicas están muy descuidadas y dañadas, y lo que son las calles las arreglan y a la semana las están rompiendo otra vez por cualquier bobada que se les ocurre.

Llegando a Tibabuyes vi a un joven que ayudaba a los buses diciéndoles cuándo pasar ya que era una calle muy angosta y los conductores no podían maniobrar muy bien sus vehículos. Al llegar al paradero me di cuenta de que era en un lugar muy apartado de las casas y un lugar solitario que en algún momento de la tarde o la noche debía ser muy peligroso, porque era prácticamente en un potrero cerca al río Bogotá. En ese instante nos bajamos de la buseta con unos cartones a los que, me contaba mi abuelito, era necesario colocarles unos sellos porque era una forma de permiso para poder llevar su "mercancía": los pasajeros; si un policía lo cogía sin dichos cartones ya tenía su parte y tocaría recurrir al soborno de los agentes a los que les brillan los ojos con la imagen de Gaitán en los billetes. Mientras, mi abuelito compró un tinto para él y una aromática para mí, como estaba haciendo tanto frío me tomé esa aromática muy rápido para que se me pasara —que en el momento no se me pasó—, pero lo que sentí fue que me había quemado la lengua de lo caliente que estaba la aromática.

Después de tomarnos eso nos fuimos a ver el río Bogotá, que estaba cerca del paradero. Estando allí, viendo el río, se siente mucha paz y también me hizo reflexionar sobre qué estamos haciendo con nuestro planeta, ¿por qué no lo cuidamos? Sin el agua y sin el planeta no existiríamos entonces creo que lo mínimo que podemos hacer es cuidarlo. Después de esto nos fuimos a la buseta, nos subimos y esperamos a que fuera la hora de salir y empezar el viaje. Cuando llegó la hora indicada salimos a empezar nuestro recorrido, ese día empezamos justo a tiempo con el sol, salimos del paradero y el sol salió al cielo sin importar que tan sólo eran las 5:40 de la mañana; mientras empezábamos camino de Villa Cindy a Villa Gloria, íbamos desde el norte de la ciudad hasta el sur, un trayecto de más de 2 horas; comenzamos a recoger gente a unas pocas cuadras del paradero.

Mi abuelito me enseñaba pequeñas "mañas" para no perder tanto tiempo al conducir como tener listos montoncitos de monedas con las vueltas justas para cuando a uno le dieran un billete de dos mil. Me contaba también cómo entre semana en un recorrido de tres cuadras ya

el bus estaba lleno y pues ese día que era un sábado nos tomó unas cuantas cuadras llenarlo antes de llegar de nuevo al CAI de la Gaitana. El bus ya estaba totalmente lleno, el ambiente cambió mucho al pasar de tener el bus totalmente solo a tenerlo lleno en menos de una hora; se siente el calor de las personas, hasta su estado de ánimo se siente en el aire. No falta a esa hora el que se duerme en el camino. Siempre me he preguntado cómo hacen aquellas personas que se duermen en el bus para levantarse en el momento justo en el que se tienen que bajar, y creo que debe ser un instinto urbano.

Mientras recogíamos gente mi abuelito me contaba cómo un paradero de buses puede ser muy peligroso, me contó que una vez en el paradero de Villa Cindy llegaron en una camioneta blindada cinco personas armadas y robaron a los conductores que estaban ahí; también habló sobre la ventaja de tener la puerta en la cabina del conductor, me dijo: "La cabina muchas veces es una ventaja, hay muchos manes que por andar con la puerta de la cabina abierta, o porque no la tienen, los encañonan y les roban todo el producido". Más adelante nos volvimos a encontrar con el muchacho que nos había ayudado antes y esta vez mi abuelito me explicó que él era un "calibrador", que les ayudaba a saber si iban bien de tiempo ya que las busetas se deben llevar entre 4 y 5 minutos, y dependiendo de lo que les diga el "calibrador" el conductor decide si seguir a un paso lento, mientras recoge pasajeros, o ir mas rápido para mantener el tiempo justo con la otra buseta. Al ver a este muchacho de nuevo quedé sorprendido ya que por la madrugada se veía como una persona normal, pero ya salido el sol lo pude detallar bien, se sentía de lejos ese olor a humano fermentado, revuelto con tarros de bóxer y marihuana; lo primero que pensé fue: "Éste lo hace es para conseguir el vicio".

Íbamos ya en la avenida 68 y me provocó curiosidad que a pesar de ya haber recorrido mucho terreno no se había subido ninguno de los rebuscadores urbanos, ni uno solo. Mientras, nos dimos cuenta que la buseta que venía detrás de nosotros ya casi nos alcanzaba, entonces nos tocó dejarla seguir aunque sabíamos que haciéndolo nos iba a quitar pasajeros, o sea, prácticamente nos iba a dañar el momentico de trabajo y no recogeríamos casi a nadie. Por esto comenzamos a andar más despacio, para dejarlo coger ventaja; ya casi llegando a la Zona Industrial nos lo volvimos a encontrar y lo pasamos, después nos volvió a alcanzar y entendimos que lo que él quería era pasarnos a sus pasajeros; nos los pasó y seguimos el camino.

Llegando a la Zona Industrial se sintió un ambiente un poco confuso, frenético, ya que era justo la hora de cambio de turno. Aquí se bajaba gente que iba descansada y con toda la energía para empezar a trabajar, y se subían otras personas agotadas y con cara de sueño por haber

tenido el turno de noche, masticadas por el trabajo. Estábamos ya en el sur y mi abuelito me contaba sobre el señor que hace poco –en esta semana– habían matado por robarle el producido, me decía que esta parte era muy peligrosa para los conductores porque se pasaba cerca a un caño y muchas veces se escondían allí los bribones para poder robarlos. Llegamos al paradero de Villa Gloria y pasamos los pasajeros de nuestra buseta. Mi abuelito me explicó que siempre hacían eso en aquella parte ya que más arriba era muy peligroso y subir con plata era casi que una robada fija.

En el paradero nos bajamos a tomar algo y vi lo amistosos que son los conductores entre sí ya que casi todos se conocen y respetan, se juegan bromas; los mismos tenderos ya los conocen y saben lo que normalmente piden y ya se lo tienen listo, pero así como hay personas amables con los conductores también las hay malas. Todos los compañeros de mi abuelito me contaron que todos los paraderos son peligrosos, hay muchos ladrones y ellos deben estar atentos ya que se esconden en cualquier lado y les pueden robar su producido del día. Esta es la realidad de miles de choferes que trabajan a diario por su pan, honradamente, transportando el ejército de obreros que mantiene a las empresas masticando gente y botándola como una bolita de carne desmechada en las noches.

Nos tomamos un café, mi abuelito fue por el sello del cartón y empezamos viaje otra vez, esta vez íbamos de sur a norte, de regreso al paradero de Villa Cindy. Este viaje ya fue más tranquilo, lo que había visto en el anterior me parecía novedoso y en este ya se me hacía muy común, lo único diferente en este nuevo recorrido fue que aquí pude ver a algunos de los re-buscadores, algunos vendiendo galletas, gomitas o cualquier galguería para el camino o para llevarle a alguien, también estaban los que se subían a hablar de cualquier cosa para hacer reflexionar a las personas y los que se subían vendiendo cualquier otra cosa con una historia triste o con la historia de ayuda a un grupo de personas necesitadas. Lo curioso es que casi todos ellos se subieron en el sur, por los lados del norte otra vez no se subió ninguno, lo cual me pareció curioso ya que normalmente cuando yo voy en un bus también se suben hartos rebuscadores estando en el norte. Volvimos al paradero de Villa Cindy, allí desayunamos en una panadería que queda cerca y varios conductores me contaron que después de las tres de la tarde el paradero pasaba a ser allí, donde estábamos, ya que a esa hora donde está el verdadero paradero es muy peligroso para cualquier persona.

Volvimos a revisar el carro y arranque otra vez. Es raro encontrarse, o más bien, recoger a alguien conocido cuando va en la buseta. Sin embargo, no es imposible y muchas veces se

encuentran familiares y amigos o conocidos. Nosotros nos encontramos con el esposo de una de mis tías, Marco, el más payaso de la familia y pues por obvia lógica no le íbamos a cobrar siendo de la familia. Terminamos otros dos recorridos circulares y en el paradero nos fuimos a almorzar luego de la buena tanda de bromas que Marco ofreció como golosina para el camino.

Esta es una vida digna que reclama su lugar en medio de una sociedad donde los hombres dignos y honrados cada día son más escasos.

Camilo Chaparro Muñoz

Campo de batalla

El 19 de octubre de 1977 una muchacha de apariencia joven, arrugas pronunciadas y sombras regadas, camina a las 12:11 p.m. por el centro de nuestra ciudad, la fría Bogotá, donde en la noche se destapa la alcantarilla de una pobreza real. Ésta es la crónica de una mujer que tal vez no contó con la misma suerte que las que me están escuchando.

Esa tarde Sofía huye de una manera sin igual. Sale de la calle 13, un sector peligroso donde en la noche se alcanza a percibir desde el niño drogado hasta el habitante de la calle, divagando al son del viento. Después de caminar tanto, agotada, con su rostro lleno de sudor, cae tres cuadras después; lo único que se alcanza a percibir de ella es un largo gabán color blanco que le cubre hasta la mitad de la rodilla. Mucha gente a esa hora pasa por los lados sin prestar atención alguna, pensando que se trata de una mujer de la calle por su aspecto sucio y degradante. Un perro se acerca a ella olfateando y moviendo un poco su cabeza, y sin pensarlo dos veces un muchacho se agacha, la voltea y se da cuenta de que debajo de tan poca tela y mucho maquillaje hay un cuerpo sangrando.

El primer aspecto que él nota de ella es una gran mancha roja ubicada en la parte inferior de su abdomen con un olor fétido. De inmediato el joven saca un celular de muy mala calidad (los que estaban a los lados alcanzaron a deducir su estrato social), llama a una ambulancia y, como estamos en Colombia, llega 36 minutos tarde; para ellos son unos cuantos semáforos, pero para Sofía la cuenta regresiva hasta ahora comienza.

El enfermero presta los primeros auxilios junto a su compañera preguntándole al joven el nombre y su parentesco con Sofía. "Joven, ¿es usted familiar de la muchacha?", pregunta el enfermero. Él lo piensa dos veces pero una corazonada le hace responder: "Sí, soy un amigo de ella, me llamo Andrés", responde agachando su cabeza y mirando al piso. El enfermero pregunta: "¿Sabe qué fue lo que le pasó a su amiga?". Andrés, sin saber responder, dice: "Yo sólo pasaba por esta calle porque iba a mandar arreglar mi guitarra pero la pude reconocer al verla tirada en el piso. Pero, dígame enfermero, ¿qué tiene ella?, ¿está viva?". El enfermero responde con una voz gruesa: "Tranquilo, Andrés, ella va a estar bien, mejor acompáñenos al hospital".

Él está dispuesto a ingresar cuando siente una mano que lo toma del hombro diciéndole: "Qué pena con usted, somos la Policía Nacional y tenemos que hacerle unas preguntas, ¿nos puede acompañar?". Andrés se niega al estar afanado por ir a ver a Sofía, pero la fuerza de

Red Capital de Bibliotecas Públicas - BibloRed

la autoridad lo obliga. Sin poder decir ninguna palabra va a la estación y con nerviosismo y ansiedad responde todo con la mayor claridad; así, después de dos horas, el capitán lo deja salir: ya que varios testigos aseguraban que lo que Andrés ha dicho es cierto.

Él de inmediato sale hacia el hospital a preguntar por la salud de Sofía. Llega mojado de pies a cabeza, ya que en la capital empezaba la temporada de lluvia. En la recepción del hospital pregunta: "Señorita, ¿en cuál habitación está Sofía? ¿Cómo está ella?". "Señor, tranquilícese; ella está bien y en este momento está en la sala quirúrgica". Andrés le agradece y con las fuerzas en el piso se dispone a esperar en la sala del hospital.

Durante las tres horas y media que dura la operación Andrés anda divagando de un lado para el otro cuestionándose, "¿por qué estoy acá?, ¿por qué me preocupa tanto aquella muchacha si ni siquiera sé quién es?". Después de cuestionarse por un largo tiempo se queda dormido. A la hora y media sale el cirujano y lo observa con una mirada cautelosa. "¿Es usted Andrés, el acompañante de la paciente Sofía García?". "Sí, yo soy", responde Andrés. "Ella está muy bien. Afortunadamente salió bien librada de dos puñaladas que recibió y me está preguntando quién la transportó hasta aquí. Ella quiere verlo", dice el cirujano.

Andrés se queda asombrado y decide entrar pero no duda en llevar su guitarra. Entra a la habitación 103 y encuentra a Sofía, llena de aparatos por todo el cuerpo. Se acerca y le pregunta: "¿Me escuchas, Sofía?". Ella trata de abrir los ojos y con una voz aguda le dice: "Muchas gracias". Andrés le responde: "Por nada, era lo único que podía hacer por usted. Pero cuénteme, ¿qué le sucedió? ¿Por qué la apuñalaron?". Sofía dice: "En mis 21 años como prostituta es la primera vez que alguien se preocupa por mí. No es por nada pero usted me inspira confianza; cuénteme, ¿como se llama usted?". "Me llamo Andrés, Andrés Villalobos; encantado de conocerla".

A Sofía la anestesia la vuelve a dormir. Después de siete días Andrés la vuelve a visitar para ver su recuperación. Golpea en la habitación dos veces, entra diciendo: "¿Dónde está mi campeona de las mil batallas?". Sofía sonríe y recibe las flores que Andrés le lleva. Hablan por horas durante dos meses; al parecer Andrés se está enamorando de ella. Cada vez le canta y le cuenta acerca de su vida día por día, y hasta le dedica una canción que él ha hecho especialmente para ella. Después de varios meses, Sofía se encariña cada vez más, pero mientras esa amistad crece, también lo hacían las investigaciones, las cuales confirman un atentado por parte de los clientes de Sofía.

Una tarde, como es costumbre, Andrés se dirige al hospital a darle la buena noticia de que pronto la van a dar de alta. Estando a dos cuadras del hospital, cruza la calle y sin percatarse, de su lado izquierdo una mujer que conduce desesperadamente lo arroya, dejando así una silenciosa melodía, aquel cinco de junio en la calle 26.

Eliana Vanessa Flórez Ducuara

Cómplice del metal

Recuerdo que esa noche compré una botella de aguardiente y la negocié por $14.000, luego de comprarla recogí a un amigo en su casa. Contentos y alegres como dos payasos en circo nos fuimos rápido a la fiesta, la música estaba en lo más alto de los decibeles, tanto que las tripas me vibraban. El lugar era inmenso, parecía una bodega de gran almacenamiento. Afuera estaba la gente que salía a meter su bareto o porro, otros que aspiraban una o dos líneas de cocaína pura y los de la pastillita mágica para una noche interminable de energía. Mi amigo y yo entramos a encontrarnos con dos chicas lindas y muy sensuales, vestidas de negro, con sus ojos delineados, botas y pantalones de cuero apretados. Mi amigo incitó a una de ellas a fumar, como siempre cada uno de los dos tenía su paquete de cigarros. Yo me quedé con la más tímida y tierna, parecía un ángel gótico tipo manga. Entre charla y charla hablamos de música, quería provocarla para que me diera un beso. Ella decía que le gustaba *Warcry*, *Saratoga*, yo le decía que mis bandas y música favorita eran mejores que las de ella, llegué al punto de irritarla tanto que me le acerqué juntando brevemente mis labios a los de ella para callar sus palabras de enojo, pero impactada me miró con ganas de golpearme, alzó su brazo a la altura de mi cara y las luces hacían de la estruendosa música algo romántico. Sus brazos cayeron como dos ramas de un gran árbol, luego puse mis manos en sus caderas, unas curvas bien definidas en una gran carretera recién pavimentada, su piel suave estremecía mi mente como si estuviera en trance y perdido en mis pensamientos. Ella tomó mis manos y las arrastró por su cuerpo, llevándome a un punto intenso comenzando la madrugada. Le di fin a todo esto con una despedida sin trascender en más caricias, ni puntos culminantes; sólo fueron un par de roces discontinuos en los labios.

Estábamos lo suficientemente ebrios con las tres botellas de licor que entre las chicas y nosotros habíamos reunido. Ellas, ebrias, decidieron irse; nosotros estábamos decididos a meternos en el pogo a la velocidad de la música. Entramos en el círculo tirando patadas como Jackie Chan con puños que tiraban a matar; había adrenalina y ese vacío que sientes como si estuvieras cayendo desde muy alto, estímulos que da tu cuerpo para conseguir más energía como un toro en una corrida; ése era el poder que provoca la diversión, de repente pareces una loca cabra pateando. En ese momento mi amigo cayó en el centro y todos empezaron a patearlo. Para no dejar que prácticamente lo mataran a puntapiés que venía e iban, lo fui ayudando a pararse; un tache rasgó la superficie de mi oreja con gran dolor. Al momento, nos levantamos con grandes risotadas, como si nos hubiesen echado gas de carcajadas, seguimos mandando patadas y puños al azar. Ya exhaustos por el baile a las cinco de la mañana no se sabía cuál

de todos estaba loco dando patadas como una jauría de jabalís hambrientos. Mientras tanto, las mujeres se besaban entre ellas porque los hombres se ocupaban de su violencia animal.

La música me aturdía, ya mis oídos no soportaban las grandes ondas de sonido que me timbraban; era estar debajo de una campana, el estrés me inundaba, tenía ganas de sacar de mi estómago el enorme mundo que había tragado. A punto de caer y con mis ojos distorsionados por el licor que miraban como si todo se moviera en un gran terremoto, me sentía transportado a otro lado sin saber quién o qué era; agarré duro a mi amigo y lo jalé como a un costal de papa, lo llevé a su casa, abrí la puerta con gran dificultad ya que la maldita llave no cazaba; entramos y caímos como dos grandes árboles talados encima de su cama. Soporté la locura y el vicio sin control solamente como un espía porque el metal me conduce.

Andru Jiménez

Las canchas de un barrio son simplemente otro escenario más

Todo comienza con el pivoteo que se escucha en la cuadra; un chiflido aviva ese hermoso sonido de golpeteo en la calle acompañado de un grito duro y profundo; me preparo para salir, alisto mi maleta, me despido de mis padres y pido su bendición. Al salir, saludo a los socios con un "¿Qué se dice, todo bien?".

En el transcurso del camino la gente nos mira con un estilo de repugnancia como si fuéramos simples indigentes por nuestra forma de vestir: una camisa XL, que cubre hasta la mitad del muslo, y una pantaloneta larga hasta los gemelos, forman parte de nuestro uniforme al momento de jugar.

Las canchas se despiertan cuando la ciudad se duerme; ése es el momento en que llegamos, se prende un bafle con pistas de rap para avivar el partido. En la cancha se reúnen los amantes de este deporte, nos saludamos como si nos conociéramos de años así sean unos desconocidos. En la cancha no hay diferencia de color, estatura o estrato, todos somos jugadores.

Se forman los equipos, se define si se juega callejero o técnico, se juega el saque a salto y comienza el partido. Se ven pases espectaculares, jugadores con gran destreza al moverse, velocidad, agilidad, trabajo en equipo e inteligencia se necesitan para jugar.

Mi equipo se tiene gran confianza y yo la tengo en todos ellos. Mi compañero Andrés recibe el balón y usa un típico *crossover*, su rival resbala; aquí todo es válido ya que es básquet callejero. El joven se levanta con más ganas de seguir, se le enfrenta a mi compañero pero él hace el pase para evitar problemas; al recibir el balón un socio grita "¡Haga el sostenido, ya sabe cómo!", y yo corro al aro contrario, recibo el pase y se lo pongo en sostenido a mi compañero Juan. Él, con un gran salto, toma la pelota en el aire y la clava; al caer todos lo aplaudimos con gran felicidad, chocamos las manos y tomamos posición de defensa.

El equipo contrario saca y comienza a hacer pases hasta llegar a la mitad, se ven confiados pero a la vez a la defensiva, ellos saben que un error puede ser fatal. Nos arriesgamos a atacar sin desproteger nuestro aro. El rival con el balón se ve hábil, dribla con gran calidez y reta en un *one on one*, o un "uno a uno", a Andrés; mi socio acepta el reto y avanza hasta allí, el rival hace un *crossover freestyle* y una jugada que deja perdido a mi compañero Andrés; en el fondo se escucha al poco público que hay decir "¡Ou beybe!". Él, sin más, se achanta y avanza a seguir en su reto. El rival lanza y hace la cesta de tres puntos.

Tomamos el balón y hacemos el saque, mi socio Andrés se acerca a su anterior rival y lo reta; sin más, el rival confiado ataca pensando que robará el balón fácilmente pero mi compañero hace un gran movimiento y logra hacerle un túnel; el rival, al escuchar en el fondo los gritos y abucheadas de los espectadores, se ofende y comienza a atacar con rabia. Mi compañero Andrés sigue con el control del balón y logra hacerle un "submarino", que consiste en mezclar *break-dance* con el control del balón y pasar por debajo de las piernas del rival. Andrés, al cruzar por las piernas, lo mira, avanza un poco driblando y le pone el sostenido a otro compañero; sin más, la clava y se escuchan los aplausos de nosotros sus compañeros y los espectadores.

Así sigue el partido durante una hora hasta completar las cestas propuestas. En todo ese tiempo se ven movimientos alucinantes, sostenidos y fintas que parecieran de profesionales. Al llegar a las 50 cestas nos felicitamos entre todos, nos sentamos un poco y hacemos la típica "vaca" para la gaseosa; se logran recolectar los $2.000 para los vasos y la litro; servimos y tomamos la gaseosa con gran satisfacción mientras escuchamos los temas de rap en el bafle.

Ya cansados, sudados y sofocados de jugar nos alistamos y parchamos para la casa. En el camino se escucha hablar de las jugadas, saltos, hasta las faltas y errores de nuestro equipo y el contrario; así se nos hace corto el camino y llegamos a nuestro destino. Sin más, me despido de los socios con un ligero "¡Pillamos, parceros; bendiciones!", una chocada de mano y un golpe de respeto en el corazón.

Cristian Camilo Martínez Contreras

ÍNDICE DE AUTORES

Estefanía Almonacid Velosa

Terracota
Café Literario y Taller de Creación Literaria
Biblioteca Pública Parque El Tunal
Autora de *Calle escribana*

Nací en Bogotá el 1 de agosto de 1991. Estudio Comunicación Social y Periodismo en la Universidad Minuto de Dios. Me gusta la fotografía, la literatura, el cine, las historias urbanas y bailar salsa. Mis poemas han sido publicados en el libro *Piedras en el trópico*, en memorias de diversos encuentros literarios y en la antología del XVI Encuentro Internacional de Poetas en Zamora, México. Crónicas mías han aparecido en el periódico *Nuevo Milenio* y en la Comunidad de Escritores y Lectores de BibloRed algunas reseñas. Pertenezco al colectivo literario Punto de Fuga.

Mario Enrique Arévalo

Mario Santorini Pakezerini
Taller de Creación Literaria
Biblioteca Pública El Tintal
Manuel Zapata Olivella
Autor de *El Señor Paloma*

Bogotá, 1979. Artesano, diseñador y estudiante de Licenciatura en Educación Artística de la Corporación Universitaria Cenda.

Nelson Botero

Caronte
Taller de Creación Literaria
Biblioteca Pública El Tintal
Manuel Zapata Olivella
Autor de *Pies de nieve*

Nací en Marinilla, Antioquia. Desde febrero de 2011 asisto periódicamente a los talleres de poesía ofrecidos en la Biblioteca El Tintal.

Angie Carolina Burgos Preciado

Taller de Crónica
Biblioteca Pública de Suba
Francisco José de Caldas
Autora de *Como ser un ñero te puede llevar a la muerte*
Colegio Álvaro Gómez Hurtado
Décimo grado

Tengo 16 años. Soy una niña muy juiciosa, me gusta mucho el estudio y me parece muy interesante la escritura y la lectura de nuestras vidas, la forma como las vivimos cotidianamente en todo sentido. Me fascina la música y leer libros. El Taller de Crónicas me pareció muy interesante porque me ayudó a aclarar muchas ideas y a reforzar mi escritura y pensamiento. Me gusta mucho la escritura porque es algo en lo que puedo inspirarme y sacar mis pensamientos, hablar de cosas muy útiles para mi vida.

María Castiblanco Gualteros
TALLER DE CRÓNICA
BIBLIOTECA PÚBLICA DE SUBA
FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS
Autora de *Otra lengua*
Colegio Kimy Pernia Domico
Undécimo grado

Tengo 18 años. El Taller de Crónicas fue un espacio donde se desarrolló una nueva experiencia, partiendo de adquirir conocimientos sobre redacción y escritura. Tuvimos como fuente pautas para lograr plasmar la realidad. Este es un mundo mágico y envolvente, lleno de imaginación, creatividad e información que logra cautivarme cuando puedo expresarme así, libremente. Considero la escritura, al igual que la lectura, un pasadizo que permite desenvolver la imaginación. La literatura que logra traspasar esto para mí es la inscrita en el Romanticismo y mi autor favorito es Alexandre Dumas *La dama de las camelias.*

Camilo Chaparro Muñoz
TALLER DE CRÓNICA
BIBLIOTECA PÚBLICA DE SUBA
FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS
Autor de *Vida diaria de un conductor de bus*
Colegio I.E.D Álvaro Gomez Hurtado
Décimo grado

En el Taller de Crónicas aprendimos a apreciar más la belleza e importancia de las cosas cotidianas que nos rodean. También aprendimos a ser más críticos con la vida y que debemos dejar huella en ella; además de la importancia de la literatura como forma de expresión. La escritura me interesa mucho, puede que yo no sea de las personas que les gusta estar leyendo todo el tiempo pero cuando leo o escribo me siento muy bien porque me siento relajado y puedo escribir todo lo que pienso y siento como un desahogo muy grande. Soy de esas personas que le gusta estar feliz y sonriendo todo el tiempo. Para mí los amigos son una parte importante en mi vida, siempre me preocupo mucho por ellos y trato de ayudarlos en lo que más puedo cuando me necesitan; mi pasatiempo favorito es estar con ellos y disfrutar un buen rato de risas. Mi familia es otra parte importante de mi vida aunque muchas veces no nos llevemos bien. Soy amante de la música y de los deportes. Tengo 16 años.

Ricardo Mauricio Díaz Alarcón
Lucas Ochoca
TALLER DE CREACIÓN LITERARIA
BIBLIOTECA PÚBLICA
JULIO MARIO SANTO DOMINGO
Autor de *Relato verídico*

Estudia en el Colegio San Jorge de Inglaterra, tiene dieciséis años y actualmente cursa décimo grado.

Eliana Vanessa Flórez Ducuara

TALLER DE CRÓNICA
BIBLIOTECA PÚBLICA LA VICTORIA
Autora de *Campo de batalla*
Colegio Centro Comercial Madre Elisa Roncallo
Undécimo grado

Tengo 16 años. Desde muy pequeña me ha gustado el hábito de la lectura y la práctica de la escritura de poemas, crónicas e historias. Hace tres años gané un concurso de cuentos a nivel Bogotá y he participado en el periódico del Colegio escribiendo crónicas. La escritura en mi vida juega un papel fundamental, tanto en el aspecto intelectual como en el personal, ya que por medio de ésta puedo expresar situaciones que pienso, momentos que he vivido y ponerme del otro lado de los personajes, del contexto y de entornos en general.

Jairo Humberto Fernández Mojica

J. Kharim
TALLER DE CREACIÓN LITERARIA
BIBLIOTECA PÚBLICA PARQUE EL TUNAL
Autor de Manual de *instrucciones*

Nací en Bogotá el 11 de junio de 1982. Soy Licenciado en Lengua Castellana, Inglés y Francés de la Universidad de la Salle. Estudiante de la Especialización en Creación Narrativa de la Universidad Central. Actualmente trabajo como docente de lenguaje y francés.

Andru Jiménez

TALLER DE CRÓNICA
BIBLIOTECA PÚBLICA DE BOSA
Autor de *Cómplice del metal*
Colegio Leonardo Posada Pedraza
Undécimo grado

La crónica era un género literario que no sabía siquiera que existía pero cuando me dieron la oportunidad de saber qué era y cómo se utilizaba me gustó mucho. Por eso este Taller de Crónicas me pareció espectacular ya que pude invertir mucho más de mi tiempo en algo muy productivo como esto. La escritura me fascina, en especial la poesía y a pesar de que no soy muy bueno me gusta inventar cuentos, me fascina leer cosas nuevas. Soy creativo, me adapto a todo lo que viene o se va, me interesa siempre aprender nuevas cosas.

Soy contento, no me amargo por nada y me relajo cuando hay estrés. Me gusta mucho el deporte extremo, todo tipo de música y en especial el metal. Tengo 16 años.

Alejandro López Chacón

Fúser Satrústegui
CAFÉ LITERARIO Y TALLER DE LITERATURA Y CINE COLECTIVO 8½
BIBLIOTECA PÚBLICA EL TINTAL MANUEL ZAPATA OLIVELLA
Autor de *Cromosoma 12*

Licenciado en Ciencias Sociales de la Universidad Distrital. Docente de la SED de Bogotá.

Camilo Martínez
TALLER DE CRÓNICA
BIBLIOTECA PÚBLICA DE SUBA
FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS
Autor de *Las canchas de mi barrio*
Colegio Álvaro Gómez Hurtado
Décimo grado

El Taller de Crónicas me pareció una experiencia muy interesante pues me brindó la oportunidad de expresar mucho de lo que siento sobre este deporte y dar a conocer más sobre lo que me gusta y lo que me apasiona. La escritura no es una de mis mayores aficiones pero tengo experiencia ya que soy compositor. Tengo 17 años.

Mario Esteban Mora
Astrolabio
TALLER DE CREACIÓN LITERARIA
BIBLIOTECA PÚBLICA VIRGILIO BARCO
Autor de *Sueño*

Soy Administrador de Empresas. Tengo 49 años.

Pablo Peñaloza
TALLER DE CREACIÓN LITERARIA
BIBLIOTECA PÚBLICA EL TINTAL
MANUEL ZAPATA OLIVELLA
Autor de *La entrevista*

Soy actor de grupos reconocidos de Bogotá como Changua Teatro, Tiempo para vivir, Corporación el Lagarto Azul y la Tetta de Bogotá. Recibí formación en la Escuela Dramactores Estudio.

Tatiana Rodríguez Mercado
Tatorrome
CAFÉ LITERARIO Y TALLER DE LITERATURA Y CINE COLECTIVO 8/2
BIBLIOTECA PÚBLICA EL TINTAL
MANUEL ZAPATA OLIVELLA
Autora de *Parálisis*

Nací en Bogotá el 5 de diciembre. Me introduje en el mundo de la narrativa a través de mi hermano Sergio Rodríguez y de los espacios que la Biblioteca El Tintal me ha brindado. De mis autores favoritos se pueden destacar Charles Bukowski, Clarice Lispector, Carlos Fuentes, entre otros. Me inclino hacia lo mortuorio y busco desconcertar a los lectores. Soy amante de la música, de un buen café, un cigarro y buena compañía.

Paola Andrea Rubio Albornoz
P.A.R.A
CAFÉ LITERARIO
BIBLIOTECA PÚBLICA EL TINTAL MANUEL ZAPATA OLIVELLA
Autora de *Él, el ausente*

Nací el día en que murió un gran trompetista de jazz, John Birks "Dizzy". Unas por otras. ¿Estudiar? Alguna vez lo hice. ¿Trabajar? Eso nunca. Simplemente una lectora empedernida que se complace con la literatura.